

José Zorilla

# Don Juan Tenorio



**ELEJANDRIA**  
libros de dominio público

47/2089238

# DON JUAN TENORIO.

DRAMA

## RELIGIOSO-FANTÁSTICO

EN DOS PARTES.

Por Don José Zorrilla.

~~~~~  
Primera edición mexicana.  
~~~~~



MEXICO:—1847.

Imprenta del Calavera, calle de Chiquis núm. 6.

Esta edición electrónica en formato ePub se ha realizado á partir de la edición impresa de 1847, que forma parte de los fondos de la Biblioteca Nacional de España.

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE  
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# DON JUAN TENORIO

JOSÉ ZORRILLA

PUBLICADO: 1847

FUENTE: BIBLIOTECA DIGITAL HISPÁNICA DE BNE  
EDICIÓN: IMP. DEL CALAVERA, MÉXICO, 1ª ED.  
MEXICANA

# ÍNDICE

## Cubierta

Portada

Preliminares

don Juan Tenorio

PERSONAJES DE TODO EL DRAMA

PRIMERA PARTE

ACTO PRIMERO. LIBERTINAJE Y ESCÁNDALO

ACTO SEGUNDO. DESTREZA

ACTO TERCERO. PROFANACIÓN

ACTO CUARTO. EL DIABLO A LAS PUERTAS DEL CIELO

SEGUNDA PARTE

ACTO PRIMERO. LA SOMBRA DE DOÑA INÉS

ACTO SEGUNDO. LA ESTATUA DE DON GONZALO

ACTO TERCERO. MISERICORDIA DE DIOS, Y APOTEOSIS  
DEL AMOR

AL SEÑOR  
Don Francisco Luis de Vallejo  
EN PRENDA DE BUENA MEMORIA  
SU MEJOR AMIGO  
José Zorrilla.  
Madrid.- Marzo de 1844.

## PERSONAJES DE TODO EL DRAMA

DON JUAN TENORIO.

DON LUIS MEJÍA.

DON GONZALO DE ULLOA, comendador de Calatrava.

DON DIEGO TENORIO.

DOÑA INÉS DE ULLOA.

DOÑA ANA DE PANTOJA.

CRISTOFANO BUTTARELLI.

MARCOS CIUTTI.

BRIGIDA.

PASCUAL.

EL CAPITAN CENTELLAS.

DON RAFAEL DE AVELLANEDA.

LUCÍA.

LA ABADESA DE LAS CALATRAVAS DE SEVILLA.

LA TORNERA DE IDEM.

GASTÓN.

MIGUEL.

UN ESCULTOR.

ALGUACILES 1º y 2º

UN PAGE (que no habla).

LA ESTATUA DE DON GONZALO (él mismo).

LA SOMBRA DE DOÑA INES (ella misma).

Caballeros, sevillanos, encubiertos, curiosos, esqueletos, estatuas, ángeles, sombras, justicia y pueblo.

La accion en Sevilla, por los años de 1545, últimos del emperador Carlos V. Los cuatro primeros actos pasan en una sola noche. Los tres restantes, cinco años despues y en otra noche.

# **PRIMERA PARTE**

# ACTO PRIMERO

LIBERTINAGE Y ESCÁNDALO

PERSONAS

don Juan, Don Luis, Don Diego, Don Gonzalo, Buttarelli, Ciutti, Centellas, Avellaneda, Gaston, Miguel.

CABALLEROS, CURIOSOS, ENMASCARADOS, RONDAS.

Hostería de Christófano Buttarelli. Puerta en el fondo que da á la calle; mesas, jarros y demas utensilios propios de semejante lugar.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN, con antifaz, sentado á una mesa escribiendo, Ciutti y Buttarelli, á un lado esperando. Al levantarse el telón, se ven pasar por la puerta del fondo mascararas, estudiantes y pueblo con hachones, músicas, etc.

D. Juan. ¡Cuál gritan esos malditos!

¡Pero mal rayo me parta  
si en concluyendo la carta  
no pagan caros sus gritos!

*(Sigue escribiendo.)*

Butt. *(a Ciutti.)*

Buen Carnaval.

Ciutti. *(A Buttarelli.)*

Buen agosto  
para rellenar la arquilla.

Butt. ¡Quiá! Corre ahora por Sevilla  
poco gusto y mucho mosto.

Ni caen aquí buenos peces,  
que son casas mal miradas  
por gentes acomodadas,

y atropelladas á veces.

Ciutti. Pero hoy...

Butt. Hoy no entra en la cuenta,

Ciutti.; se ha hecho buen trabajo.

Ciutti. ¡Chist! habla un poco mas bajo,  
que mi señor se impacienta  
pronto.

Butt. ¿A su servicio estás?

Ciutti. Ya ha un año.

Butt. ¿Y qué tal te sale?

Ciutti. No hay prior que se me iguale;  
tengo cuanto quiero, y mas.

Tiempo libre, bolsa llena,  
buenas mozas y buen vino.

Butt. ¡Cuerpo de tal, ¡qué destino!

Ciutti. (*Señalando á don Juan.*)

Y todo ello á costa ajena.

Butt. Rico, ¿eh?

Ciutti. Varea la plata.

Butt. ¿Franco?

Ciutti. Como un estudiante.

Butt. ¿Y noble?

Ciutti. Como un infante.

Butt. ¿Y bravo?

Ciutti. Como un pirata.

Butt. ¿Español?

Ciutti. Creo que sí.

Butt. ¿Su nombre?

Ciutti. Lo ignoro en suma.

Butt. ¡Bribón! ¿Y dónde va?

Ciutti. Aquí.

Butt. Largo plumea.

Ciutti. Es gran pluma.

Butt. ¿Y á quien mil diablos escribe  
tan cuidadoso y prolijo?

Ciutti. A su padre.

Butt. ¡Vaya un hijo!

Ciutti. Para el tiempo en que se vive,  
es un hombre extraordinario.

Pero calla.

D. Juan. (*Cerrando la carta.*)

Firmo y plego.

¿Ciutti?

Ciutti. Señor.

D. Juan. Este pliego  
irá, dentro del orario  
en que reza doña Inés,  
á sus manos á parar.

Ciutti. ¿Hay respuesta que aguardar?

D. Juan. Del diablo con guardapies  
que la asiste, de su dueña,  
que mis intenciones sabe  
recogerás una llave,  
una hora y una seña:  
y mas ligero que el viento,  
aquí otra vez.

Ciutti. Bien está.

(*Vase.*)

ESCENA II

DON JUAN. BUTTARELLI.

D. Juan. Christófano, vieni quá.

Butt. ¡Eccellenza!

D. Juan. Senti.

Butt. Sento.

Ma hó imparatto il Castigliano,  
se é piú facile al signor  
la sua lingua...

D. Juan. Sí, es mejor:  
lascia dunque il tuo toscano,  
y dime: ¿don Luis Mejía  
ha venido hoy?

Butt.

Escelencia,  
no está en Sevilla.

D. Juan. ¿Su ausencia  
dura en verdad todavía?

Butt. Tal creo.

D. Juan. ¿Y noticia alguna  
no tienes de él?

Butt. ¡Ah! Una historia  
me viene ahora á la memoria  
que os podrá dar...

D. Juan.

¿Oportuna  
luz sobre el caso?

Butt. Tal vez.

D. Juan. Habla, pues.

Butt. (*Hablando consigo mismo.*)

No, no me engaño;  
esta noche cumple el año,  
lo habia olvidado.

D. Juan. ¡Pardiez!

¿acabarás con tu cuento?

Butt. Perdonad, señor;  
estaba recordando el hecho.

D. Juan. Acaba,  
¡vive Dios! que me impaciento.

Butt. Pues es el caso, señor,  
que el caballero Mejía,  
por quien preguntáis, dió un día  
en la ocurrencia peor  
que ocurrírsele podia.

D. Juan. Suprime lo al hecho extraño;  
que apostaron me es notorio  
á quien haria en un año,  
con mas fortuna, mas daño,  
Luis Mejía y Juan Tenorio.

Butt. ¿La historia sabeis?

D. Juan. Entera;  
por eso te he preguntado  
por Mejía.

Butt. ¡Oh! me pluguiera  
que la apuesta se cumpliera,  
que pagan bien y al contado.

D. Juan. ¿Y no tienes confianza  
en que don Luis á esta cita  
acuda?

Butt. ¡Quiá! ni esperanza:  
el fin del plazo se avanza,  
y estoy cierto que maldita  
la memoria que ninguno  
guarda de ello.

D. Juan. Basta ya.

Toma.

Butt. Excelencia, ¿y de alguno  
de ellos sabeis vos?

D. Juan. Quizá.

Butt. ¿Vendrán, pues?

D. Juan. Al menos uno;  
mas por si acaso los dos  
dirigen aquí sus huellas  
el uno del otro en pos,  
tus dos mejores botellas  
prevenles.

Butt. Mas...

D. Juan. ¡Chito...! Adios.

ESCENA III

BUTTARELLI.

Butt. ¡Santa Madona! De vuelta  
Mejía y Tenorio están  
sin duda... y recogerán  
los dos la palabra suelta.

¡Oh! sí; ese hombre tiene traza  
de saberlo á fondo.

*(Ruido adentro.)*

Pero

¿qué es esto?

*(Se asoma á la puerta.)*

¡Anda! ¡el forastero  
está riñendo en la plaza!  
¡Válgame Dios! ¡qué bullicio!  
Cómo se le arremolina  
chusma... y cómo la acoquina  
él solo! ¡puf! ¡qué estropicio!  
¡cuál corren delante de él!  
No hay duda, están en Castilla  
los dos, y anda ya Sevilla  
toda revuelta. ¡Miguel!

#### ESCENA IV

BUTTARELLI MIGUEL.

Miguel. ¿Che comanda?

Butt. Presto, qui  
servi una tabola, amico:  
é del Lacryma piú antico  
porta due buttiglie.

Miguel. Si,  
signor padron.

Butt. ¡Micheletto,  
apparechia in caritá  
lo piú ricco, que si fá,  
afrettati!

Miguel. Gia mi afretto,  
signor padrone.

(Vase.)

#### ESCENA V

BUTTARELLI Y DON GONZALO.

D. Gonz. Aquí es.

¿Patron!

Butt. ¿Qué se ofrece?

D. Gonz. Quiero hablar con el hostelero.

Butt. Con él habláis; decid pues

D. Gonz. ¿Sois vos?

Butt. Sí, mas despachad,  
que estoy de priesa.

D. Gonz. En tal caso,

ved si es cabal y de paso  
esa doble, y contestad.

Butt. ¡Oh, excelencia!

D. Gonz. ¿Conoceis  
á don Juan Tenorio?

Butt. Sí.

D. Gonz. ¿Y es cierto que tiene aquí hoy una cita?

Butt. ¡Oh! ¿sereis vos el otro?

D. Gonz. ¿Quién?

Butt. Don Luis.

D. Gonz. No; pero estar me interesa  
en su entrevista.

Butt. Esta mesa  
les preparo; si os servís  
en esotra colocaros,  
podreis presenciar la cena  
que les daré... ¡Oh! será escena  
que espero que ha de admiraros.

D. Gonz. Lo creo.

Butt. Son, sin disputa,  
los dos mozos mas gentiles  
de España.

D. Gonz. Sí, y los mas viles  
también.

Butt. ¡Bah! Se les imputa  
cuanto malo se hace hoy dia;  
mas la malicia lo inventa,  
pues nadie paga su cuenta  
como Tenorio y Mejía.

D. Gonz. ¡Ya!

Butt. Es afan de murmurar,  
porque conmigo, señor,  
ninguno lo hace mejor,  
y bien lo puedo jurar.

D. Gonz. No es necesario mas...

Butt. ¿Qué?

D. Gonz. Quisiera yo ocultamente

verlos, y sin que la gente  
me reconociera.

Butt. A fé

que eso es muy fácil, señor.

Las fiestas de Carnaval,  
al hombre mas principal

permiten sin deshonor

de su linage, servirse

de un antifaz, y bajo él,

¿quien sabe, hasta descubrirse,

de qué carne es el pastel?

D. Gonz. Mejor fuera en aposento contiguo...

Butt. Ninguno cae aquí.

D. Gonz. Pues entonces trae el antifaz.

Butt. Al momento.

ESCENA VI

DON GONZALO.

D. Gonz. No cabe en mi corazon

que tal hombre pueda haber,

y no quiero cometer

con él una sinrazon.

Yo mismo indagar prefiero

la verdad... mas, á ser cierta

la apuesta, primero muerta

que esposa suya la quiero.

No hay en la tierra interes

que si la daña me cuadre,

primero seré buen padre,

buen caballero despues.

Enlace es de gran ventaja,

mas no quiero que Tenorio

del velo del desposorio

la recorte una mortaja.

ESCENA VII

DON GONZALO . BUTTARELLI, que trae un antifaz.

Butt. Ya está aquí.

D. Gonz. Gracias, patron;

¿Tardarán mucho en llegar?

Butt. Si vienen, no han de tardar:  
cerca de las ocho son.

D. Gonz. ¿Esa es la hora señalada?

Butt. Cierra el plazo, y es asunto  
de perder quien no esté á punto  
de la primer campanada.

D. Gonz. Quiera Dios que sea una chanza,  
y no lo que se murmura.

Butt. No tengo aún por muy segura  
de que cumplan, la esperanza;  
pero si tanto os importa  
lo que ello sea saber,  
pues la hora está al caer,  
la dilacion es ya corta.

D. Gonz. Cúbrome, pues, y me siento.

*(Se sienta á una mesa á la derecha, y se pone el antifaz.)*

Butt. *(Aparte.)*

*(Curioso el viejo me tiene del misterio con que viene...  
y no me quedo contento  
hasta saber quien es él.)*

*(Limpia y trajina, mirándole de reojo.)*

D. Gonz. *(Aparte.)*

*(¡Que un hombre como yo tenga  
que esperar aquí, y se avenga  
con semejante papel!*

*En fin, me importa el sosiego  
de mi casa, y la ventura  
de una hija sencilla y pura, y  
no es para echarlo á juego.)*

ESCENA VIII

DON GONZALO. BUTTARELLI. DON DIEGO, á la puerta del  
fondo.

D. Diego. La seña está terminante,  
aquí es; bien me han informado:  
llego pues.

Butt. ¿Otro embozado?

D. Diego. ¿Há de esta casa?

Butt. Adelante.

D. Diego. ¿La hostería del Laurel?

Butt. En ella estais, caballero.

D. Diego. ¿Está en casa el hostelero?

Butt. Estais hablando con él.

D. Diego. ¿Sois vos Buttarelli?

Butt. Yo.

D. Diego. ¿Es verdad que hoy tiene aquí Tenorio una cita?

Butt. Sí.

D. Diego. ¿Y ha acudido á ella?

Butt. No.

D. Diego. ¿Pero acudirá?

Butt. No sé.

D. Diego. ¿Le esperais vos?

Butt. Por si acaso

venir le place.

D. Diego. En tal caso,  
yo tambien le esperaré.

*(Se sienta al lado opuesto á Don Gonzalo.)*

Butt. ¿Que os sirva vianda alguna  
quereis mientras?

D. Diego. No; tomad.

Butt. ¡Excelencia!

D. Diego. Y excusad  
conversacion importuna.

Butt. Perdonad.

D. Diego. Vais perdonado:  
dejadme, pues.

Butt. *(Aparte.)*

¡Jesucristo!

En toda mi vida he visto  
hombre mas mal humorado.

D. Diego. *(Aparte.)*

¡Que un hombre de mi linaje  
descienda á tan ruin mansión!

Pero no hay humillacion  
á que un padre no se baje  
por un hijo. Quiero ver  
por mis ojos la verdad,  
y el monstruo de liviandad  
á quien pude dar el sér.

*(Buttarelli, que anda arreglando sus trastos, contempla desde el fondo á Don Gonzalo y á Don Diego, que permanecerán embozados y en silencio.)*

Butt. ¡Vaya un par de hombres de piedra!  
Para estos sobra mi abasto:  
mas, ¡pardiez!, pagan el gasto  
que no hacen, y así se medra.

ESCENA IX

DON GONZALO, DON DIEGO, BUTTARELLI, EL CAPITÁN  
CENTELLAS, AVELLANEDA Y DOS CABALLEROS.

Avellaneda. Vinieron, y os aseguro  
que se efectuará la apuesta.

Cente. Entremos, pues. Buttarelli.

Señor capitan Centellas,  
¿vos por aquí?

Cente. Sí, Christófano.

¿Cuándo aquí sin mi presencia  
tuvieron lugar las órgias  
que han hecho raya en la época?

Butt. Como ha tanto tiempo  
ya que no os he visto...

Cente. Las guerras  
del Emperador á Tunez  
me llevaron; mas mi hacienda  
me vuelve á traer á Sevilla;  
y, segun lo que me cuentan,  
llego lo mas á propósito  
para renovar añejas  
amistades. Con que apróntanos  
luego unas cuantas botellas,  
y en tanto que humedecemos

la garganta, verdadera  
relacion haznos de un lance  
sobre el cual hay controversia.

Butt. Todo se andará; mas antes  
dejadme ir á la bodega.

Varios. Sí, sí.

ESCENA X

DICHOS, menos BUTTARELLI.

Cente. Sentarse, señores,  
y que siga Avellaneda  
con la historia de Don Luis.

Ave. No hay ya mas que decir de ella  
sino que creo imposible  
que la de Tenorio sea  
mas endiablada, y que apuesto  
por Don Luis.

Cente. Acaso pierdas.  
don Juan Tenorio, se sabe  
que es la mas mala cabeza  
del orbe, y no hubo hombre alguno  
que aventajarle pudiera  
con solo su inclinacion;  
¿conque qué hará si se empeña?

Ave. Pues yo sé bien que  
Mejía las ha hecho tales, que á ciegas  
se puede apostar por él.

Cente. Pues el capitan Centellas  
pone por don Juan Tenorio  
cuanto tiene.

Ave. Pues se acepta  
por don Luis, que es muy mi amigo.

Cente. Pues todo en contra se arriesga;  
porque no hay como Tenorio  
otro hombre sobre la tierra,  
y es proverbial su fortuna  
y extremadas sus empresas.

ESCENA XI

DICHOS. BUTTARELLI. CON BOTELLAS.

Butt. Aquí hay Falerno, Borgoña,  
Sorrento.

Cente. De lo que quieras

sirve Christófano, y dinos:

¿qué hay de cierto en una apuesta,  
por don Juan Tenorio há un año  
y don Luis Mejía hecha?

Butt. Señor capitan, no sé  
tan á fondo la materia,  
que os pueda sacar de dudas,  
pero os diré lo que sepa.

Varios. Habla, habla.

Butt. Yo, la verdad,  
aunque fué en mi casa mesma la  
cuestion entre ambos, como  
pusieron tan larga fé cha  
á su plazo, creí siempre  
que nunca á efecto viniera.  
así es, que ni aun me acordaba  
de tal cosa á la hora de esta.

Mas esta tarde, seria  
al anocheecer apenas,  
entróse aquí un caballero  
pidiéndome que le diera  
recado con que escribir  
una carta: y á sus letras  
atento no mas, me dió  
tiempo á que charla metiera  
con un paje que traia  
paisano mio, de Génova.

No saqué nada del page,  
que es por Dios muy brava pesca;  
mas cuando su amo acababa  
la carta, le envió con ella  
á quien iba dirigida:

el caballero en mi lengua  
me habló, y me pidió noticias  
de don Luis. Dijo, que entera  
sabia de ambos la historia,  
y tenia la certeza  
de que al menos uno de ellos  
acudiria á la apuesta.  
Yo quise saber mas de él;  
mas púsome dos monedas  
de oro en la mano, diciéndome  
[así, como á la derecha]:  
y por si acaso los dos  
al tiempo aplazado llegan,  
ten prevenidas para ambos  
tus dos mejores botellas.  
Largóse sin decir mas,  
y yo atento á sus monedas,  
les puse en el mismo sitio  
donde apostaron, la mesa.  
Y vedla allí con dos sillas,  
dos copas y dos botellas.  
Ave. Pues señor, no hay que dudar;  
era don Luis.  
Cente. don Juan era.  
Ave. ¿Tú no le viste la cara?  
Butt. Si la traia cubierta  
con un antifaz.  
Cente. Pero, hombre,  
¿tú á los dos no los recuerdas?  
¿O no sabes distinguir  
á las gentes por sus señas  
lo mismo que por sus caras?  
Butt. Pues confieso mi torpeza;  
no lo supe conocer,  
y lo procuré de veras.  
Pero silencio.  
Ave. ¿Qué pasa?

Butt. A dar el reló comienza  
los cuartos para las ocho.

*(Dan.)*

Cente. Ved, ved la gente que se entra.

Ave. Como que está de este lance  
curiosa Sevilla entera.

*(Se oyen dar las ocho; varias personas entran y se reparten en silencio por la escena; al dar la última campanada, don Juan, con antifaz, se llega á la mesa que ha preparado Buttarelli en el centro del escenario, y se dispone á ocupar una de las dos sillas que están delante de ella. Inmediatamente despues de él, entra don Luis, tambien con antifaz, y se dirige á la otra. Todos los miran.)*

ESCENA XII

DON DIEGO. DON GONZALO. DON JUAN. DON LUIS.  
BUTTARELLI. CENTELLAS. AVELLANEDA. CABALLEROS.  
CURIOSOS . ENMASCARADOS.

Ave. Verás aquél, si ellos vienen,  
qué buen chasco que se lleva.

Cente. Pues allí va otro á ocupar  
la otra silla; ¡uf! aquí es ella.

D. Juan. *(a Don Luis.)*

Esa silla está comprada,  
hidalgo.

D. Luis. *(a don Juan.)*

Lo mismo digo,  
hidalgo; para un amigo  
tengo yo esotra pagada.

D. Juan. Que ésta es mía haré notorio.

D. Luis. Y yo tambien que ésta es mía.

D. Juan. Luego sois Don Luis Mejía.

D. Luis. Seréis, pues, don Juan Tenorio.

D. Juan. Puede ser.

D. Luis. Vos lo decís.

D. Juan. ¿No os fiáis?

D. Luis. No.

D. Juan. Yo tampoco.

D. Luis. Pues no hagamos mas el coco.

D. Juan. Yo soy don Juan.

*(Quitándose la máscara.)*

D. Luis. *(Haciendo lo mismo.)*

Yo Don Luis.

*(Se sientan. El Capitán Centellas, Avellaneda, Buttarelli y algunos otros se van á ellos y les saludan, abrazan y dan la mano, y hacen otras semejantes muestras de cariño y amistad. don Juan y Don Luis las aceptan cortésmente.)*

Cente. ¡don Juan! Avellaneda ¡Don Luis!

D. Juan. ¡Caballeros!

D. Luis. ¡Oh, amigos! ¿Qué dicha es ésta?

Ave. Sabíamos vuestra apuesta  
y hemos acudido á veros.

D. Luis. don Juan y yo tal bondad  
en mucho os agradecemos.

D. Juan. El tiempo no  
malgastemos, Don Luis.

*(A los otros.)*

Sillas arrimad.

*(A los que están lejos.)*

Caballeros, yo supongo  
que á ustedes tambien aquí  
les trae la apuesta, y por mí,  
á antojo tal no me opongo.

D. Luis. Ni yo; que aunque nada mas  
Fue el empeño entre los dos,  
no ha de decirse, por Dios,  
que me avergonzó jamas.

D. Juan. Ni á mí, que el orbe es testigo  
de que hipócrita no soy,  
pues por doquiera que voy  
va el escándalo conmigo.

D. Luis. ¡Eh! ¿Y esos dos no se llegan  
á escuchar? Vos.

*(Por Don Diego y Don Gonzalo.)*

D. Diego. Yo estoy bien.

D. Luis. ¿Y vos?

D. Gonz. De aquí oigo  
también.

D. Luis. Razon tendrán si se niegan.

*(Se sientan alrededor de la mesa en que están Don Luis Mejía y  
don Juan Tenorio.)*

D. Juan. ¿Estamos listos?

D. Luis. Estamos.

D. Juan. Como quien somos  
cumplimos.

D. Luis. Veamos, pues, lo que hicimos.

D. Juan. Bebamos antes.

D. Luis. Bebamos.

*(Lo hacen.)*

D. Juan. La apuesta fué...

D. Luis. Porque un día  
dije que en España entera  
no habria nadie que hiciera  
lo que hiciera Luis Mejía.

D. Juan. Y siendo contradictorio  
al vuestro mi parecer,  
yo os dije: nadie ha de hacer  
lo que hará don Juan Tenorio».

¿No es así?

D. Luis. Sin duda alguna;  
y vinimos á apostar  
quién de ambos sabria obrar  
peor, con mejor fortuna,  
en el término de un año;  
juntándonos aquí hoy  
á probarlo.

D. Juan. Y aquí estoy.

D. Luis. Y yo.

Cente. ¡Empeño bien  
extraño, por vida mia!

D. Juan. Hablad, pues.

D. Luis. No, vos debeis  
empezar. don Juan Como gusteis,

igual es,  
que nunca me hago esperar.  
Pues señor, yo desde aquí,  
buscando mayor espacio  
para mis hazañas, dí  
sobre Italia, porque allí  
tiene el placer un palacio.  
De la guerra y del amor  
antigua y clásica tierra,  
y en ella el Emperador,  
con ella y con Francia en guerra,  
díjeme: «¿dónde mejor?  
Donde hay soldados, hay juego,  
hay pependencias y amorios».  
Dí, pues, sobre Italia luego,  
buscando á sangre y á fuego  
amores y desafíos.  
En Roma, á mi apuesta fiel,  
fijé entre hostil y amatorio  
en mi puerta este cartel:  
«Aquí está don Juan Tenorio  
para quien quiera algo de él».  
De aquellos días la historia  
á relataros renuncio:  
remítome á la memoria que  
dejé allí, y de mi gloria  
podeis juzgar por mi anuncio.  
Las romanas caprichosas,  
las costumbres licenciosas,  
yo gallardo y calavera,  
¿quien á cuento redujera  
mis empresas amorosas?  
Salí de Roma por fin  
como os podeis figurar,  
con un disfraz harto ruin,  
y á lomos de un mal rocin,  
pues me querian ahorcar.

Fuí al ejército de España;  
mas todos paisanos míos,  
soldados y en tierra extraña,  
dejé pronto su compañía  
tras cinco ú seis desafíos.  
Nápoles, rico vergel  
de amor, de placer emporio,  
vió en mi segundo cartel:  
«Aquí está don Juan Tenorio,  
y no hay hombre para él.  
Desde la princesa altiva  
á la que pesca en ruin barca,  
no hay hembra á quien no suscriba,  
y cualquier empresa abarca  
si en oro ó valor estriba.  
Búsquenle los reñidores;  
cérquenle los jugadores;  
quien se precie, que le ataje;  
á ver si hay quien le aventaje  
en juego, en lid ó en amores».   
Esto escribí; y en medio año  
que mi presencia gozó  
Nápoles, no hay lance extraño,  
no hubo escándalo ni engaño  
en que no me hallára yo.  
Por dondequiera que fuí  
la razón atropellé,  
la virtud escarnecí,  
á la justicia burlé  
y á las mugeres vendí.  
Yo á las cabañas bajé,  
yo á los palacios subí,  
yo los claustros escalé,  
y en todas partes dejé  
memoria amarga de mí.  
Ni reconocí sagrado,  
ni hubo ocasión ni lugar

por mi audacia respetado;  
ni en distinguir me he parado  
al clérigo del seglar.

A quien quise provoqué,  
con quien quiso me batí,  
y nunca consideré  
que pudo matarme á mí  
aquel á quien yo maté.

A esto don Juan se  
arrojo, y escrito en este papel  
está cuanto consiguió,  
y lo que él aquí escribió,  
mantenido está por él.

D. Luis. Leed, pues.

D. Juan. No; oigamos  
ántes vuestros bizarros  
estremos, y si traeis  
terminantes

vuestras notas comprobantes,  
lo escrito cotejarémos.

D. Luis. Decis bien; cosa es que está,  
don Juan, muy puesta en razon, aunque,  
á mi ver, poco irá  
de una á otra relacion.

D. Juan. Empezad,  
pues.

D. Luis. Allá va.

Buscando yo, como vos,  
á mi aliento empresas grandes,  
dije: «¿dó iré, ¡vive Dios!  
de amor y lides en pos  
que vaya mejor que á Flandes?

Allí, puesto que empeñadas  
guerras hay, á mis deseos  
habrá al par centuplicadas  
ocasiones estremadas  
de riñas y galanteos».

Y en Flandes conmigo dí,  
mas con tan negra fortuna,  
que al mes de encontrarme allí  
todo mi caudal perdí,  
dobla á dobla, una por una.  
En tan total carestia  
mirándome de dineros,  
de mí todo el mundo huía,  
mas yo busqué compañía  
y me uní á unos bandoleros.  
Lo hicimos bien, ¡voto á tal!,  
y fuimos tan adelante,  
con suerte tan colosal,  
que entramos á saco en Gante  
el palacio episcopal.  
¡Qué noche! Por el decoro  
de la pascua, el buen obispo  
bajó á presidir el coro,  
y aun de alegría me crispo  
al recordar su tesoro.  
Todo cayó en poder nuestro:  
mas mi capitan, avaro  
puso mi parte en secuestro:  
reñimos, fuí yo mas diestro,  
y le crucé sin reparo.  
Juróme al punto la gente  
capitan, por mas valiente:  
juréles yo amistad franca;  
pero á la noche siguiente  
huí y les dejé sin blanca.  
Yo me acordé del refran  
de que quien roba al ladron  
há cien años de perdon,  
y me arrojé á tal desman  
mirando á mi salvacion.  
Pasé á Alemania opulento,  
mas un Provincial Gerónimo,

hombre de mucho talento,  
me conoció, y al momento  
me delató en un anónimo.  
Compré á fuerza de dinero  
la libertad y el papel;  
y topando en un sendero  
al fraile, le envié certero  
una bala envuelta en él.  
Salté á Francia, ¡Buen pais!,  
y como en Nápoles vos  
puse un cartel en París  
diciendo: « *Aquí hay un don Luis  
que vale lo menos dos.  
Parará aquí algunos meses,  
y no trae mas intereses  
ni se aviene á mas empresas  
que á adorar á las francesas  
y á reñir con los franceses.* »  
Esto escribí; y en medio año  
que mi presencia gozó  
Paris, no hubo lance extraño  
ni hubo escándalo ni daño  
donde no me hallára yo.  
Mas como don Juan, mi historia  
tambien á alargar renuncio;  
que basta para mi gloria  
la magnífica memoria  
que allí dejé con mi anuncio.  
Y cual vos, por donde fuí  
la razon atropellé,  
la virtud escarnecí,  
á la justicia burlé,  
y á las mugeres vendí.  
Mi hacienda llevo perdida  
tres veces, mas se me antoja  
reponerla, y me convida  
mi boda comprometida

con doña Ana de Pantoja.  
Muger muy rica me dan,  
y mañana hay que cumplir  
los tratos que hechos están;  
lo que os advierto, don Juan,  
por si quereis asistir.

A esto don Luis se arrojó,  
y escrito en este papel  
está lo que consiguió:  
y lo que él aquí escribió  
mantenido está por él.

D. Juan. La historia es tan semejante  
que está en el fiel la balanza;  
mas vamos á lo importante,  
que es el guarismo á que alcanza  
el papel: conquese adelante.

D. Luis. Razon teneis en verdad.  
Aquí está el mio: mirad,  
por una línea apartados  
traigo los nombres sentados  
para mayor claridad.

D. Juan. Del mismo modo arregladas  
mis cuentas traigo en el mio:  
en dos líneas separadas  
los muertos en desafio  
y las mugeres burladas.  
Contad.

D. Luis. Contad.

D. Juan. Veintitrés.

D. Luis. Son los muertos. A ver vos.

¡Por la cruz de San Andrés!

Aquí sumo treinta y dos.

D. Juan. Son los muertos.

D. Luis. Matar es.

D. Juan. Nueve os llevo.

D. Luis. Me vencéis.

Pasemos á las conquistas.

D. Juan. Sumo aquí cincuenta y seis.

D. Luis. Y yo sumo en vuestras listas setenta y dos.

D. Juan. Pues perdeis.

D. Luis. ¡Es increíble, don Juan!

D. Juan. Si lo dudais, apuntados los testigos ahí están, que si fueren preguntados os lo testificarán.

D. Luis. ¡Oh! Y vuestra lista es cabal.

D. Juan. Desde una princesa real á la hija de un pescador: ¡oh! ha recorrido mi amor toda la escala social.

¿Teneis algo que tachar?

D. Luis. Solo una os falta en justicia.

D. Juan. ¿Me la podeis señalar?

D. Luis. Si, por cierto; una novicia que esté para profesar.

D. Juan. ¡Bah! pues yo os complaceré doblemente, porque os digo que á la novicia uniré la dama de algun amigo que para casarse esté.

D. Luis. ¡Pardiez, que sois atrevido!

D. Juan. Yo os lo apuesto si quereis.

D. Luis. Digo que acepto el partido.

¿Para darlo por perdido quereis veinte dias?

D. Juan. Seis.

D. Luis. ¡Por Dios, que sois hombre extraño! ¡Cuántos dias empleais en cada muger que amais?

D. Juan. Partid los dias del año entre las que ahí encontrais.

Uno para enamorarlas, otro para conseguirlas,

otro para abandonarlas,  
dos para sustituirlas,  
y una hora para olvidarlas.  
Pero la verdad á hablaros  
pedir mas no se me antoja,  
porque, pues vais á casaros,  
mañana pienso quitaros  
á doña Ana de Pantoja.

D. Luis. ¿don Juan, qué es lo que decis?

D. Juan. Don Luis, lo que oido habeis.

D. Luis. Ved, don Juan, lo que emprendeis.

don Juan Lo que he de lograr, don Luis.

D. Luis. Gastón.

Gast. Señor.

D. Luis. Ven acá.

*(Habla don Luis en secreto con Gastón, y éste se va precipitadamente.)*

D. Juan. Ciutti Ciutti Señor.

D. Juan. Ven aquí.

*(don Juan habla tambien con Ciutti, que hace lo mismo.)*

D. Luis. ¿Estais en lo dicho?

D. Juan. Sí.

D. Luis. Pues va la vida.

D. Juan. Pues va.

*(Don Gonzalo, levantándose de la mesa en que ha permanecido inmóvil durante la escena anterior, se afronta con don Juan y Don Luis.)*

D. Gonz. ¡Insensatos! Vive Dios,  
que á no temblarme las manos,  
á palos, como á villanos,  
os diera muerte á los dos.

D. Juan. y

D. Luis. Veamos.

D. Gonz. Escusado es,  
que he vivido lo bastante  
para no estar arrogante donde no puedo.

D. Juan. Idos, pues.

D. Gonz. Antes, don Juan, de salir  
de donde oirme podais,  
es necesario que oigais  
lo que os tengo que decir.  
Vuestro buen padre don Diego,  
porque pleitos acomoda,  
os apalabró una boda  
que iba á celebrarse luego;  
pero por mí mismo yo  
lo que érais queriendo ver,  
vine aquí al anochecer,  
y el veros me avergonzó.

D. Juan. ¡Por Satanás, viejo insano,  
que no sé cómo he tenido  
calma para haberte oido  
sin asentarte la mano!

¡Pero di pronto quien eres,  
porque me siento capaz  
de arrancarte el antifaz  
con el alma que tuvieres

D. Gonz. ¡don Juan!

D. Juan. ¡Pronto!

D. Gonz. Mira, pues.

D. Juan. ¡Don Gonzalo!

D. Gonz. El mismo soy.

Y adios, don Juan: mas desde hoy  
no penseis en doña Inés.

Porque antes que consentir  
en que se case con vos,  
el sepulcro, ¡juro á Dios!,  
por mi mano la he de abrir.

D. Juan. Me hacéis reír, Don Gonzalo;  
pues venirme á provocar,  
es como ir á amenazar  
á un leon con un mal palo.

Y pues hay tiempo, advertir  
os quiero á mi vez á vos

que, ó me la dais, ó por Dios  
que á quitáros la he de ir.

D. Gonz. ¡Miserable!

D. Juan. Dicho está:  
solo una muger como ésta  
me falta para mi apuesta;  
ved, pues, que apostada va.

*(Don Diego, levantándose de la mesa en que ha permanecido  
encubierto mientras la escena anterior, baja al centro de la escena,  
encarándose con don Juan.)*

D. Diego. No puedo mas escucharte,  
vil don Juan, porque recelo  
que hay algun rayo en el cielo  
preparado á aniquilarte.  
¡Ah...! No pudiendo creer  
lo que de tí me decian,  
confiando en que mentian, te vine esta noche á ver  
Pero te juro, malvado,  
que me pesa haber venido  
para salir convencido  
de lo que es para ignorado.  
Sigue pues, con ciego afan  
en tu torpe frenesí,  
mas nunca vuelvas á mí:  
no te conozco, don Juan.

D. Juan. ¿Quien nunca á tí se volvió?  
¿ni quien osa hablarme así,  
ni qué se me importa á mí  
que me conozcas ó no?

D. Diego. Adios pues, mas no te olvides  
de que hay un Dios justiciero.

D. Juan. Ten.

*(Deteniéndole.)*

D. Diego. ¿Qué quereis?

D. Juan. Verte quiero.

D. Diego. Nunca, en vano me lo pides.

D. Juan. ¿Nunca?

D. Diego. No.

D. Juan. Cuando me cuadre.

D. Diego. ¿Cómo?

D. Juan. Así.

*(Le arranca el antifaz.)*

Todos. ¡Don Juan!

D. Diego. ¡Villano!

¡Me has puesto en la faz la mano!

D. Juan. ¡Válgame Cristo, mi padre!

D. Diego. Mientes, no lo fuí jamás.

D. Juan. ¡Reportaos, con Belcebú!

D. Diego. No, los hijos como tú

son hijos de Satanás.

comendador, nulo sea

lo hablado.

D. Gonz. Ya lo es por mí;

vamos.

D. Diego. Sí; vamos de aquí

donde tal mónstruo no vea.

Don Juan, en brazos del vicio

desolado te abandono:

me matas... mas te perdono

de Dios en el santo juicio.

*(Vanse poco á poco Don Diego y Don Gonzalo.)*

D. Juan. Largo el plazo me poneis;

mas ved que os quiero advertir

que yo no os he ido á pedir

jamás que me perdoneis.

Conque no paseis afán

de aquí adelante por mí,

que como vivió hasta aquí,

vivirá siempre don Juan.

ESCENA XIII

DON JUAN. DON LUIS. CENTELLAS. AVELLANEDA.

BUTTARELLI.

CURIOSOS. MASCARAS.

D. Juan. ¡Eh! Ya salimos del paso;

y no hay que extrañar la Homilia;  
son pláticas de familia  
de las que nunca hice caso.  
Conque lo dicho, don Luis,  
van doña Ana y doña Inés  
en puesta.

D. Luis. Y el precio es la vida.

D. Juan. Vos lo decis; vamos.

D. Luis. Vamos.

*(Al salir, se presenta una ronda que les detiene.)*

ESCENA XIV

DICHOS. una ronda de ALGUACILES.

Alguacil. Alto allá

¿Don Juan Tenorio?

D. Juan. Yo soy.

Alguacil. Sed preso.

D. Juan. ¡Soñando estoy!

¿Por qué?

Alguacil. Después lo verá.

D. Luis. *(Acercándose á don Juan y riéndose.)*

Tenorio, no lo extrañeis,  
pues mirando á lo apostado,  
mi page os ha delatado  
para que vos no ganeis.

D. Juan. ¡Hola! ¡pues no os suponía  
con tal despejo, pardiez!

D. Luis. Id, pues, que por esta  
vez, don Juan, la partida es mía.

D. Juan. Vamos pues.

*(Al salir, les detiene otra ronda que entra en la escena.)*

ESCENA XV

DICHOS. UNA RONDA.

Alguacil. *(Que entra.)*

Ténganse allá.

¿Don Luis Mejía?

D. Luis. Yo soy.

Alguacil. Sed preso.

D. Luis. ¿Soñando estoy?

¡Yo preso!

D. Juan. *(Soltando la carcajada.)*

¡Ja, ja, ja, ja!

Mejía, no lo extrañéis,  
pues mirando á lo apostado,  
mi paje es ha delatado  
para que no me estorbeis.

D. Luis. Satisfecho quedaré  
aunque ambos muramos.

D. Juan. Vamos:  
con que señores, quedamos  
en que la apuesta está en pié.

*(Las rondas se llevan á don Juan y á Don Luis; muchos los siguen. El Capitán Centellas, Avellaneda y sus amigos quedan en la escena mirándose unos á otros.)*

ESCENA XVI

EL CAPITAN CENTELLAS. AVELLANEDA. CURIOSOS.

Ave. ¡Parece un juego ilusorio!

Cente. ¡Sin verlo no lo creeria!

Ave. Pues yo apuesto por Mejía.

Cente. Y yo por don Juan Tenorio.

**FIN DEL ACTO PRIMERO**

## **ACTO SEGUNDO**

### **DESTREZA**

#### PERSONAS

Don Juan Tenorio, Don Luis Mejía, Doña Ana de Pantoja, Ciutti, Pascual, Lucía y Brígida.

#### TRES EMBOZADOS DEL SERVICIO DE DON JUAN.

Esterior de la casa de Doña ANA, vista por una esquina. Las dos paredes que forman el ángulo se prolongan igualmente por ambos lados, dejando ver en la de la derecha una reja, y en la de la izquierda una reja y una puerta.

#### ESCENA PRIMERA

DON LUIS MEJÍA, embozado.

Ya estoy frente de la casa  
de Doña Ana, y es preciso  
que esta noche tenga aviso  
de lo que en Sevilla pasa.  
No dí con persona alguna  
por dicha mia... ¡Oh, qué afan!  
Pero ahora, señor don Juan,  
cada cual con su fortuna.  
Si honor y vida se juega,  
mi destreza y mi valor  
por mi vida y por mi honor  
jugarán... mas alguien llega.

ESCENA II

DON LUIS. PASCUAL.

Pascual. ¡Quien creyera lance tal!

¡Jesús, qué escándalo! ¡presos!

D. Luis. ¡Qué veo! ¿es Pascual?

Pas. Los sesos  
me estrellaría.

D. Luis. ¿Pascual?

Pas. ¿Quien me llama tan apriesa?

D. Luis. Yo. Don Luis.

Pas. ¡Válame Dios!

D. Luis. ¿Qué te asombra?

Pas. Que seais vos.

D. Luis. Mi suerte, Pascual, es esa.

Que á no ser yo quien me soy

y á no dar contigo ahora,

el honor de mi señora

Doña Ana moría hoy.

Pas. ¿Qué es lo que decís?

D. Luis. ¿Conoces

á don Juan Tenorio?

Pas. Sí.

¿Quien no le conoce aquí?

Mas, segun públicas voces

estabais presos los dos.

¡Vamos, lo que el vulgo miente!

D. Luis. Ahora acertadamente

habló el vulgo: y juro á Dios

que á no ser porque mi primo,

el tesorero real,

quiso fiarme, Pascual,

pierdo cuanto mas estimo.

Pas. ¿Pues cómo?

D. Luis. ¿En servirme estás?

Pas. Hasta morir.

D. Luis. Pues escucha.

Don Juan y yo en una lucha

arriesgada por demas  
empeñados nos hallamos;  
pero á querer tú ayudarme,  
mas que la vida salvarme  
puedes.

Pas. ¿Qué hay que hacer? Sepamos.

D. Luis. En una insigne locura  
dimos tiempo há; en apostar  
cuál de ambos sabria obrar  
peor, con mejor ventura.

Ambos nos hemos portado  
bizarramente á cual mas;  
pero él es un Satanás,  
y por fin me ha aventajado.  
Púsele no sé qué pero,  
dijímonos no sé qué  
sobre ello, y el hecho fué  
que él, mofándose altanero,  
me dijo: «Y si esto no os llena,  
pues que os casais con doña Ana,  
os apuesto á que mañana  
os la quito yo».

Pas. ¡Esa es buena!

¿Tal se ha atrevido á decir?

D. Luis. No es lo malo que lo diga,  
Pascual, sino que consiga  
lo que intenta.

Pas. ¿Conseguir?

En tanto que yo esté aquí,  
descuidad, don Luis.

D. Luis. Te juro  
que si el lance no aseguro,  
no sé qué va á ser de mí.

Pas. Por la Virgen del Pilar,  
¿le temeis?

D. Luis. No. ¡Dios testigo!  
Mas lleva ese hombre consigo

algun diablo familiar.

Pas. Dadlo por asegurado.

D. Luis. ¡Oh! Tal es el afan mio  
que ni en mí propio me fio  
con un hombre tan osado.

Pas. Yo os juro, por San Ginés,  
que con toda su osadia,  
le ha de hacer, por vida mia,  
mal tercio un Aragonés;  
nos veremos.

D. Luis. ¡Ay, Pascual,  
que en qué te metes no sabes!

Pas. En apreturas mas graves  
me he visto y no salí mal.

D. Luis. Estriba en lo perentorio  
del plazo, y en ser quien es.

Pas. Mas que un buen Aragonés  
no ha de valer un Tenorio.

Todos esos lenguaraces,  
espadachines de oficio,  
no son mas que frontispicio  
y de poca alma capaces.

Para infamar á mugeres  
tienen lengua, y tienen manos  
para osar á los ancianos  
o apalear á mercaderes.

Mas cuando una buena espada  
por un buen brazo esgrimida  
con la muerte les convida,  
todo su valor es nada.

Y sus empresas y bullas  
se reducen todas ellas  
á hablar mal de las doncellas  
y á huir ante las patrullas.

D. Luis. ¡Pascual!

Pas. No lo hablo por vos,  
que aunque sois un calavera,

teneis la alma bien entera  
y reñis bien, ¡voto á brios!

D. Luis. Pues si es en mí tan notorio  
el valor, mira, Pascual,  
que el valor es proverbial  
en la raza de Tenorio.

Y porque conozco bien  
de su valor el extremo,  
de sus ardidés me temo  
que en tierra con mi honrad den.

Pas. Pues suelto estais ya, don Luis;  
y pues que tanto os acucia  
el mal de celos, su astucia  
con la astucia prevenís.

¿Qué teméis de él?

D. Luis. No lo sé;  
mas esta noche sospecho  
que ha de procurar el hecho  
consumar.

Pas. Soñais.

D. Luis. ¿Por qué?

Pas. ¿No está preso?

D. Luis. Sí que está;  
mas tambien lo estaba yo  
y un hidalgo me fió

Pas. ¿Mas, quien á él le fiará?

D. Luis. En fin, solo un medio encuentro  
de satisfacerme.

Pas. ¿Cuál?

D. Luis. Que de esta casa, Pascual,  
quede yo esta noche dentro.

Pas. Mirad que así de doña Ana  
teneis el honor vendido.

D. Luis. ¡Qué mil rayos! ¿Su marido  
no voy á ser yo mañana?

Pas. Mas, señor, ¿no os digo yo  
que os fió con la esistencia...?

D. Luis. Sí; salir de una pendencia,  
mas de un ardid diestro, no.

Y en fin, ó paso en la casa  
la noche, ó tomo la calle  
aunque la justicia me halle.

Pas. Señor don Luis, eso pasa  
de terquedad, y es capricho  
que dejar os aconsejo, y os irá bien.

D. Luis. No lo dejo,  
Pascual.

Pas. ¡Don Luis! Don Luis  
Está dicho.

Pas. ¡Vive Dios! ¿Hay tal afan?

D. Luis. Tú dirás lo que quisieres,  
mas yo fio en las mugeres  
mucho menos que en don Juan.

Y pues lance es estremado  
por dos locos emprendido,  
bien será un loco atrevido  
para un loco desalmado.

Pas. Mirad bien lo que decís,  
porque yo sirvo á doña Ana  
desde que nació, y mañana  
sereis su esposo, don Luis.

D. Luis. Pascual, esa hora llegada  
y ese derecho adquirido,  
yo sabré ser su marido  
y la haré ser bien casada.

Mas en tanto...

Pas. No hableis mas.

Yo os conozco desde niños  
y sé lo que son cariños,  
por vida de Barrabás

Oid: mi cuarto es sobrado  
para los dos: dentro de él  
quedad; mas palabra fiel  
dadme de estaros callado.

D. Luis. Te la doy.

Pas. Y hasta mañana  
juntos con doble cautela  
nos quedaremos en vela.

D. Luis. Y se salvará doña Ana.

Pas. Sea.

D. Luis. Pues vamos.

Pas. Teneos.

¿Qué vais á hacer?

D. Luis. A entrar.

Pas. ¿Ya?

D. Luis. ¿Quién sabe lo que él hará?

Pas. Vuestros zelosos deseos  
reprimid; que ser no puede  
mientras que no se recoja  
mi amo don Gil de Pantoja  
y todo en silencio quede.

D. Luis. ¡Voto a...!

Pas. ¡Eh! Dad una vez  
breves treguas al amor.

D. Luis. ¿Y á qué hora ese buen señor  
suele acostarse?

Pas. A las diez;  
y en esa calleja estrecha  
hay una reja; llamad  
á las diez, y descuidad  
mientras en mí.

D. Luis. Es cosa hecha.

Pas. Don Luis, hasta luego, pues.

D. Luis. Adiós, Pascual, hasta luego.

ESCENA III

DON LUIS.

D. Luis. Jamas tal desasosiego tuve.  
Paréceme que es esta noche  
hora menguada para mí...  
y no sé qué vago presentimiento,  
qué estrago teme mi alma acongojada.

Por Dios que nunca pensé que á doña Ana  
amára así, ni por ninguna sentí  
lo que por ella... ¡Oh! Y á fé  
que de don Juan me amedrenta,  
no el valor, mas la ventura.  
Parece que le asegura Satanas  
en cuanto intenta.  
No, no; es un hombre infernal,  
y téngome para mí  
que si me aparto de aquí  
me burla, pese á Pascual.  
Y, aunque me tenga por necio,  
quiero entrar; que con don Juan  
las precauciones no están  
para vistas con desprecio.  
*(Llama á la ventana.)*

#### ESCENA IV

DON LUIS. DOÑA ANA.

Doña Ana. ¿Quién va?

D. Luis. ¿No es Pascual?

Doña Ana. ¡Don Luis!

D. Luis. ¡Doña Ana!

Doña Ana. ¿Por la ventana llamas ahora?

D. Luis. ¡Ay, Doña Ana,  
cuán á buen tiempo salís!

Doña Ana. ¿Pues qué hay, Mejía?

D. Luis. Un empeño  
por tu beldad con un hombre que temo.

Doña Ana. ¿Y qué hay que te asombre  
en él, cuando eres tú el dueño  
de mi corazón?

D. Luis. Doña Ana,  
no lo puedes comprender,  
de ese hombre sin conocer  
nombre y suerte.

Doña Ana. Será vana  
su buena suerte conmigo:

ya ves, solo horas nos faltan  
para la boda, y te asaltan  
vanos temores.

D. Luis. Testigo  
me es Dios que nada por mí  
me da pavor mientras tenga  
espada, y ese hombre venga  
cara á cara contra tí.

Mas como el leon audaz  
y cauteloso y prudente  
como la astuta serpiente...

Doña Ana. ¡Bah! duerme, D. Luis, en paz;  
que su audacia y su prudencia  
nada lograrán de mí,  
que tengo cifrada en tí  
la gloria de mi existencia.

D. Luis. Pues bien, Ana, de ese amor  
que me aseguras en nombre,  
para no temer á ese hombre,  
voy á pedirte un favor.

Doña Ana. Dí; mas bajo, por si escucha  
tal vez alguno.

D. Luis. Oye, pues.

ESCENA V

DOÑA ANA y DON LUIS, á *la reja derecha*. DON JUAN Y CIUTTI,  
*en la calle izquierda*.

Ciutti. Señor, por mi vida que es  
vuestra suerte buena y mucha.

D. Juan. Ciutti, nadie como yo:  
ya viste cuán fácilmente  
el buen Alcaide prudente  
se avino y suelta me dió.

Mas no hay ya en ello que hablar:  
¿mis encargos has cumplido?

Ciutti. Todos los he concluido  
mejor que pude esperar.

D. Juan. ¿La beata...?

Ciutti. Esta es la llave  
de la puerta del jardín,  
que habrá que escalar al fin,  
pues como usarced ya sabe,  
las tápias de ese convento  
no tienen entrada alguna.

D. Juan. ¿Y te dió carta?

Ciutti. Ninguna;  
me dijo que aquí al momento  
iba á salir de camino;  
que al convento se volvía,  
y que con vos hablaría.

D. Juan. Mejor es.

Ciutti. Lo mismo opino.

DON JUAN ¡Y los caballos?

Ciutti. Con silla  
y freno los tengo ya. don Juan  
¿Y la gente?

Ciutti. Cerca está.

D. Juan. Bien, Ciutti: mientras Sevilla  
tranquila en sueño reposa  
creyéndome encarcelado,  
otros dos nombres añado  
á mi lista numerosa.

¡Ja, ja!

Ciutti. Señor.

D. Juan. ¿Qué?

Ciutti. Callad.

D. Juan. ¿Qué hay, Ciutti?

Ciutti. Al doblar la esquina.  
en esa reja vecina  
he visto un hombre.

D. Juan. Es verdad;  
pues ahora sí que es mejor el lance; ¿y si es es?

Ciutti. ¿Quién?

D. Juan. Don Luis.

Ciutti. Imposible.

D. Juan. ¡Toma!

¿No estoy yo aquí?

Ciutti. Diferencia

va de él á vos.

D. Juan. Evidencia

lo creo, Ciutti: allí asoma

tras de la reja una dama.

Ciutti. Una criada tal vez.

D. Juan. Preciso es verlo, pardiez,

no perdamos lance y fama.

Mira, Ciutti; á fuer de ronda,

tú con varios de los míos,

por esa calle escurríos

dando vuelta á la redonda

á la casa.

Ciutti. Y en tal caso cerrará ella.

D. Juan. Pues con eso

ella ignorante y él preso

nos dejará franco el paso.

Ciutti. Decís bien.

D. Juan. Corre, y atájale,

que en ello el vencer consiste.

Ciutti. ¿Mas si el truan se resiste?

D. Juan. Entonces de un tajo rájale.

ESCENA VI

DON JUAN. DOÑA ANA. DON LUIS.

D. Luis. ¿Me das pues, tu asentimiento?

Doña Ana. Consiento.

D. Luis. ¿Complácesme de ese modo?

Doña Ana. En todo.

D. Luis. Pues te velaré hasta el día.

Doña Ana. Sí, Mejía.

D. Luis. Páguete el cielo, Ana mía,

satisfacción tan entera.

Doña Ana. Porque me juzgues sincera,

*consiento en todo*, Mejía.

D. Luis. Volveré, pues, otra vez.

Doña Ana. Sí, á las diez.

D. Luis. ¿Me aguardarás, Ana?

Doña Ana. Sí.

D. Luis. Aquí.

Doña Ana. ¿Y tú estarás puntual, eh?

D. Luis. Estaré.

Doña Ana. La llave, pues, te daré.

D. Luis. Y dentro yo de tu casa  
venga Tenorio.

Doña Ana. Alguien pasa  
á las diez.

D. Luis. Aquí estaré.

ESCENA VII

DON JUAN. DON LUIS.

D. Luis. Mas se acercan. ¿Quien va allá?

D. Juan. Quien va.

D. Luis. De quien va así, ¿qué se infiere?

D. Juan. Que quiere

D. Luis. ¿Ver si la lengua le arranco?

D. Juan. El paso franco.

D. Luis. Guardado está. don Juan

¿Y yo soy manco?

D. Luis. Pidiéraislo en cortesia.

D. Juan. ¿Y á quién?

D. Luis. A don Luis Mejía.

D. Juan. Quien va, quiere el paso franco.

D. Luis. ¿Conocéisme?

D. Juan. Sí.

D. Luis. ¿Y yo á vos?

D. Juan. Los dos.

D. Luis. ¿Y en qué estriba el estorballe?

D. Juan. En la calle.

D. Luis. ¿De ella los dos por ser amos...

D. Juan. Estamos.

D. Luis. Dos hay no mas que podamos  
necesitarla á la vez.

D. Juan. Lo sé.

D. Luis. ¡Sois don Juan!

D. Juan. ¡Pardiez!

Los dos ya en la calle estamos.

D. Luis. ¿No os prendieron?

D. Juan. Como á vos.

D. Luis. ¡Vive Dios! ¿Y huisteis?

D. Juan. Os imité. ¿Y qué?

D. Luis. Que perdereis.

don Juan. No sabemos.

D. Luis. Lo veremos.

D. Juan. La dama entrambos tenemos sitiada y estais cogido.

D. Luis. Tiempo hay.

D. Juan. Para vos perdido.

D. Luis. ¡Vive Dios que lo veremos!

*(DON LUIS desenvaina su espada; mas Ciutti, que ha bajado con los suyos cautelosamente hasta colocarse detrás de él, lo sujeta.)*

D. Juan. Señor don Luis, vedlo, pues.

D. Luis. Traicion es. *(Don Luis.)*

D. Luis. ¡Oh!

D. Juan. Sujeto atrás, mas.

*(Le sujetan los brazos.)*

La empresa es, señor Mejía,  
como mía.

*(A los suyos.)* Encerrádmele hasta el dia

*(A DON LUIS.)*

La apuesta está ya en mi mano.

Adios, don Luis; si os la gano,

traicion es, mas como mia.

ESCENA VIII

DON JUAN, SOLO.

D. Juan. Buen lance, ¡viven los cielos!

Estos son los que dan fama:

Mientras le soplo la dama,

él se arrancará los pelos

encerrado en mi bodega.

¿Y ella...? Cuando crea hallarse  
con él... ¡ja! ¡ja!... ¡Oh! y quejarse

no puede, limpio se juega.  
A la cárcel le llevé  
y salió; llevóme á mi  
y salí: hallarnos aquí era fuerza... ya se ve,  
su parte en la grave apuesta  
defendía cada cual  
Mas con la suerte está mal  
Mejía, y también pierde ésta.  
Sin embargo, y por si acaso,  
no es demás asegurarse  
de Lucía, á desgraciarse  
no vaya por poco el paso.  
Mas por allí un bulto negro se aproxima... y, á mi ver  
es el bulto una muger.  
¿Otra aventura? Me alegro.

#### ESCENA IX

DON JUAN. BRIGIDA.

Brígida. ¿Caballero?

D. Juan. ¿Quién va allá?

Brígida. ¿Sois don Juan?

D. Juan. ¡Por vida de...!

¡Si es la beata! Y á fé  
que la había olvidado ya!

Llegaos; don Juan soy yo.

Brígida. ¿Estais solo?

D. Juan. Con el diablo.

Brígida. ¡Jesucristo!

D. Juan. Por vos lo hablo.

Brígida. ¿Soy yo el diablo?

D. Juan. Creoló.

Brígida. ¡Vaya! ¡Qué cosas teneis!

Vos sí que sois un diablilló...

D. Juan. Que te llenará el bolsillo  
si le sirves.

Brígida. Lo vereis.

D. Juan. Descarga, pues ese pecho.

¿Qué hiciste?

Brígida. Cuanto me ha dicho  
vuestro page...y qué mal bicho  
es ese Ciutti.

D. Juan. ¿Qué ha hecho?

Brígida. ¡Gran bribón!

D. Juan. ¿No os ha entregado  
un bolsillo y un papel?

Brígida. Leyendo estará ahora en él  
doña Inés.

D. Juan. ¿La has preparado?

Brígida. Vaya; y os la he convencido  
con tal maña y de manera,  
que irá como una cordera  
tras vos.

D. Juan. ¡Tan fácil te ha sido!

Brígida. ¡Bah! Pobre garza enjaulada,  
dentro la jaula nacida,

¿qué sabe ella si hay mas vida  
ni mas aire en qué volar?

Si no vió nunca sus plumas  
del sol á los resplandores,

¿qué sabe de los colores  
de que se puede ufanar?

No cuenta la pobrecilla  
diez y siete primaveras,  
y aun vírgen á las primeras  
impresiones del amor,  
nunca concibió la dicha  
fuera de su pobre estancia,  
tratada desde la infancia  
con cauteloso rigor.

Y tantos años monótonos  
de soledad y convento  
tenian su pensamiento  
ceñido á punto tan ruin,  
á tan reducido espacio  
y á círculo tan mezquino,

que era el claustro su destino  
y el altar era su fin.  
«Aquí está Dios», la dijeron;  
y ella dijo: «Aquí le adoro».  
«Aquí está el claustro y el coro».  
Y pensó: «No hay mas allá».  
Y sin otras ilusiones  
que sus sueños infantiles,  
pasó diez y siete abriles  
sin conocerlo quizá.  
D. Juan. ¿Y está hermosa?  
Brígida. ¡Oh! como un ángel. don Juan  
¿Y la has dicho...  
Brígida. Figuraos  
si habré metido mal caos  
en su cabeza, don Juan.  
La hablé del amor, del mundo,  
de la corte y los placeres,  
de cuánto con las mugeres  
érais pródigo y galán.  
La dije que érais el hombre  
por su padre destinado  
para suyo; os he pintado  
muerto por ella de amor,  
desesperado por ella.  
y por ella perseguido,  
y por ella decidido  
á perder vida y honor.  
En fin, mis dulces palabras  
al posarse en sus oídos,  
sus deseos mal dormidos  
arrastraron de sí en pos;  
y allá dentro de su pecho  
han inflamado una llama  
de fuerza tal, que ya os ama  
y no piensa mas que en vos.  
D. Juan. Tan incentiva pintura

los sentidos me enajena,  
y el alma ardiente me llena  
de su insensata pasión.  
Empezó por una apuesta,  
siguió por un devaneo,  
engendró luego un deseo,  
y hoy me quema el corazón.  
Poco es el centro de un claustro;  
¡al mismo infierno bajára,  
y á estocadas la arrancára  
de los brazos de Satán!  
¡Oh, hermosa flor cuyo cáliz  
al rocío aun no se ha abierto,  
á trasplantarte va al huerto  
de sus amores don Juan.

¿Brígida?

Brígida. Os estoy oyendo.  
y me haceis perder el tino:  
yo os creía un libertino  
sin alma y sin corazón.

D. Juan. ¿Eso extrañas? ¿No está claro  
que en un objeto tan noble  
hay que interesarse doble que en otros?

Brígida. Teneis razón.

D. Juan. ¿Conque á qué hora se recogen  
las madres?

Brígida. Ya recogidas  
estarán. ¿Vos prevenidas  
todas las cosas teneis?

D. Juan. Todas.

Brígida. Pues luego que doblen  
á las ánimas, con tiento  
saltando al huerto, al convento  
fácilmente entrar podeis  
con la llave que os he enviado:  
de un claustro oscuro y estrecho  
es, seguidle bien derecho,

y dareis con poco afan en nuestra celda.

D. Juan. Y si acierto  
á robar tan gran tesoro,  
te he de hacer pesar en oro.

Brígida. Por mí no queda, don Juan.

D. Juan. Ve y aguárdame.

Brígida. Voy, pues,  
á entrar por la portería,  
y á cegar á Sor Maria  
la tornera. Hasta despues.

*(Vase Brígida, y un poco antes de concluir esta escena, sale  
Ciutti, que se para en el fondo esperando.)*

ESCENA X

DON JUAN Y CIUTTI.

D. Juan. Pues señor, ¡soberbio embite!  
muchas hice hasta esta hora;  
mas por Dios, que la de ahora  
será tal que me acredite.

Mas ya veo que me espera

Ciutti. Lebrel *(Llamándole.)*

Ciutti. Aquí estoy.

D. Juan. ¿Y don Luis?

Ciutti. Libre por hoy estais de él.

D. Juan. Ahora quisiera  
ver á Lucia.

Ciutti. Llegar  
podeis aquí. Yo la llamo  
*(A la reja derecha.)* Yo la llamo,  
y al salir á mi reclamo  
la podeis vos abordar.

D. Juan. Llama, pues.

Ciutti. La seña mia sabe bien para que dude  
en acudir.

D. Juan. Pues si acude,  
lo demas es cuenta mia.

*(Ciutti llama á la reja con una seña que parezca convenida. Lucía  
Se asoma á ella, y al ver á don Juan se detiene un momento.)*

ESCENA XI

DON JUAN. LUCIA. CIUTTI.

Lucía. ¿Qué quereis, buen caballero?

D. Juan. Quiero.

Lucía. ¿Qué quereis? Vamos á ver.

D. Juan. Ver.

Lucía. ¿Ver? ¿Qué vereis á esta hora?

D. Juan. A tu señora.

Lucía. Idos, hidalgo, en mal hora:

¿quien pensáis que vive aquí?

D. Juan. Doña Ana Pantoja, y  
*quiero ver á tu señora.*

Lucía. ¿Sabeis que casa Doña Ana?

D. Juan. Sí, mañana...

Lucía. ¿Y ha de ser tan infiel ya?

D. Juan. Sí será.

Lucía. ¿Pues no es de Don Luis Mejía?

D. Juan. ¡Cá! otro dia.

Hoy no es mañana, Lucía;

yo he de estar hoy con doña Ana,

y si se casa mañana,

*mañana* será otro día.

Lucía. ¡Ah! ¿en recibiros está?

D. Juan. Podrá.

Lucía. ¿Qué haré si os he de servir?

D. Juan. Abrir.

Lucía. ¡Bah! ¿Y quien abre este castillo?

D. Juan. Ese bolsillo.

Lucía. ¿Oro?

D. Juan. Pronto te dió el brillo.

Lucía. ¿Cuánto?

D. Juan. De cien doblas pasa.

Lucía. ¡Jesús!

D. Juan. Cuenta, y dí: ¿esta casa podrá abrir ese bolsillo?

Lucía. ¡Oh! Si es quien me dora el pico...

D. Juan. Muy rico.

*(Interrumpiéndola.)*

Lucía. ¿Sí? ¿Qué nombre usa el galan?  
D. Juan. Don Juan.  
Lucía. ¿Sin apellido notorio?  
D. Juan. Tenorio.  
Lucía. ¡Animas del purgatorio!  
¿Vos don Juan?  
D. Juan. ¿Qué te amedrenta,  
si á tus ojos se presenta  
*muy rico don Juan Tenorio?*  
Lucía. Rechina la cerradura.  
D. Juan. Se asegura.  
Lucía. ¿Y á mí quién? ¡Por Belcebú!  
D. Juan. Tú.  
Lucía. ¿Y qué me abrirá el camino?  
D. Juan. Buen tino.  
Lucía. ¡Bah! Ir en brazos del destino...  
D. Juan. Dobla el oro.  
Lucía. Me acomodo.  
D. Juan. Pues mira cómo de todo  
*se asegura tu buen tino.*  
Lucía. Dadme algun tiempo, pardiez  
D. Juan. A las diez.  
Lucía. ¿Dónde os busco, ó vos á mí?  
D. Juan. Aquí.  
Lucía. ¿Conque estareis puntual, eh?  
D. Juan. Estaré.  
Lucía. Pues yo una llave os traeré.  
D. Juan. Y yo otra igual cantidad.  
Lucía. No me faltéis.  
D. Juan. No en verdad;  
á las diez aquí estaré.  
Adios, pues, y en mí te fia.  
Lucía. Y en mí el garboso galan.  
D. Juan. Adios pues, franca Lucía.  
Lucía. Adiós, pues, rico don Juan.  
(LUCÍA cierra la ventana. Ciutti se acerca á don Juan á una seña  
de éste.)

ESCENA XII

DON JUAN. CIUTTI.

D. Juan. (*Riéndose.*)

Con oro nada hay que falle.

Ciutti, ya sabes mi intento:

á las nueve, en el convento

á las diez, en esta calle.

**FIN DEL ACTO SEGUNDO**

# ACTO TERCERO

## PROFANACION

PERSONAS.

Don Juan, Doña Inés, Don Gonzalo, Brígida, La Abadesa, La  
Tornera.

Celda de doña Inés. Puerta en el fondo y á la izquierda.

ESCENA I

DOÑA INÉS. LA ABADESA.

Abadesa. ¿Conque me habeis entendido?

Doña Inés. Sí, señora.

Abadesa. Está muy bien;

la voluntad decisiva

de vuestro padre, tal es.

Sois jóven, cándida y buena;

vivido en el claustro habeis

casi desde que nacísteis;

y para quedar en él

atada con santos votos

para siempre, ni aún teneis

como otras, pruebas difíciles

ni penitencias que hacer.

Dichosa mil veces vos;

dichosa, sí, doña Inés,

que no conociendo el mundo,

no le debeis de temer.  
¡Dichosa vos, que del claustro  
al pisar en el dinte,  
no os volvereis á mirar  
lo que tras vos dejareis!  
y los mundanos recuerdos del bullicio y del placer  
no os turbarán, tentadores,  
del ara santa á los pies;  
pues ignorando lo que hay  
tras esa santa pared,  
lo que tras ella se queda,  
jamás apetecereis.

Mansa paloma, enseñada  
en las palmas á comer  
del dueño que la ha criado  
en doméstico vergel,  
no habiendo salido nunca  
de la protectora red,  
no ansiaréis nunca las alas  
por el espacio tender.

Lirio gentil, cuyo tallo  
mecieron solo tal vez  
las embalsamadas brisas  
del más florecido mes,  
aquí á los besos del aura  
vuestro cáliz abrireis,  
y aquí vendrán vuestras hojas  
tranquilamente á caer.

Y en el pedazo de tierra que abarca  
nuestra estrechez  
y en el pedazo de cielo  
que por las rejas se vé  
vos no vereis más que un lecho  
dó en dulce sueño yacer,  
y un velo azul suspendido  
á las puertas del Eden...  
¡Ay! En verdad que os envidio,

venturosa doña Inés,  
con vuestra inocente vida,  
la virtud del no saber.  
Mas, ¿por qué estais cabizbaja?  
¿Por qué no me respondéis como otras veces,  
alegre, cuando en lo mismo os hablé?  
¿Suspirais...? ¡Oh!, ya comprendo;  
de vuelta aquí hasta no ver  
á vuestra aya, estais inquieta,  
pero nada receleis.  
A casa de vuestro padre  
fué casi al anochecer,  
y abajo en la porteria  
estará; yo os la enviaré,  
que estoy de vela esta noche.  
Conque, vamos, doña Inés,  
recogeos, que ya es hora;  
mal ejemplo no me deis  
á las novicias, que ha tiempo  
que duermen ya; hasta despues.  
Doña Inés. Id con Dios, madre abadesa.  
Abadesa. Adios, hija.

ESCENA II

DOÑA INÉS

Doña Inés. Ya se fué.  
No sé qué tengo, ¡ay de mí!,  
que en tumultuoso tropel  
mil encontradas ideas  
me combaten á la vez.  
Otras noches complacida  
sus palabras escuché,  
y de esos cuadros tranquilos  
que sabe pintar tan bien,  
de esos placeres domésticos  
la dichosa sencillez  
y la calma venturosa,  
me hicieron apetecer

la soledad de los claustros  
y su santa rigidez.  
Mas hoy la oí distraída,  
y en sus pláticas hallé,  
si no enojosos discursos,  
á lo menos aridez.  
Y no sé por qué al decirme  
que podría acontecer  
que se acelerase el dia  
de mi profesión, temblé,  
y sentí del corazon  
acelerarse el vaiven,  
y teñírseme el semblante  
de amarilla palidez.  
¡Ay de mí...! Pero mi dueña,  
¿dónde estará...? Esa muger,  
con sus pláticas, al cabo,  
me entretiene alguna vez.  
Y hoy la echo menos...acaso  
porque la voy á perder,  
que en profesando, es preciso  
renunciar á cuanto amé.  
Mas pasos siento en el claustro;  
¡oh! reconozco muy bien sus pisadas...  
Ya está aquí.

ESCENA III

DOÑA INES Y BRIGIDA .

Brígida. Buenas noches, doña Inés.

Doña Inés. ¿Cómo habeis tardado tanto?

Brígida. Voy á cerrar esta puerta.

Doña Inés. Hay órden de que esté abierta.

Brígida. Eso es muy bueno y muy santo  
para las otras novicias  
que han de consagrarse á Dios:

no, doña Inés, para vos.

Doña Inés. Brígida, no ves que vicias  
las reglas del monasterio,

que no permiten...

Brígida. ¡Bah! ¡bah!

Más seguro así se está,  
y así se habla sin misterio  
ni estorbos: ¿habeis mirado  
el libro que os he traído?

Doña Inés. ¡Ay!, se me habia olvidado.

Brígida. ¡Pues me hace gracia el olvido!

Doña Inés. ¡Como la madre abadesa  
se entró aquí inmediatamente!

Brígida. ¡Vieja mas impertinente!

Doña Inés. ¿Pues tanto el libro interesa?

Brígida. Vaya si interesa, ¡mucho!.

¡Pues quedó con poco afan el infeliz!

Doña Inés. ¿Quién?

Brígida. don Juan.

Doña Inés. ¡Válgame el cielo! ¡qué escucho!

¿Es don Juan quien me le envia?

Brígida. Por supuesto.

Doña Inés. ¡Oh! Yo no debo tomarle.

Brígida. ¡Pobre mancebo!

Desairarle así, seria matarle.

Doña Inés. ¿Qué estás diciendo?

Brígida. Si ese Horario no tomais,  
tal pesadumbre le dais,

que va á enfermar, lo estoy viendo.

Doña Inés. ¡Ah! No, no; de esa manera le tomaré.

Brígida. Bien hareis.

Doña Inés. ¡Y qué bonito es!

Brígida. Ya veis:

quien quiere agradar, se esmera.

Doña Inés. Con sus manecillas de oro.

¡Y cuidado, que está prieto!

A ver, á ver si completo contiene el rezo del coro.

*(Le abre y cae una carta de entre sus hojas.)*

Mas ¿qué cayó?

Brígida. Un papelito.

Doña Inés. ¡Una carta!

Brígida. Claro está;  
en esa carta os vendrá  
ofreciendo el regalito.

Doña Inés. ¡Qué! ¿Será suyo el papel?

Brígida. ¡Vaya, que sois inocente!  
Pues que os feria, es consiguiente  
que la carta será de él.

Doña Inés. ¡Ay, Jesús!

Brígida. ¿Qué es lo que os da?

Doña Inés. Nada, Brígida, no es nada.

Brígida. No, no; si estais inmutada. (*Aparte.*)

Ya presa en la red está.

¿Se os pasa?

Doña Inés. Sí.

Brígida. Eso habrá sido cualquier mareíllo vano.

Doña Inés. ¡Ay! Se me abrasa la mano  
con que el papel he cogido.

Brígida. Doña Inés, válgame Dios,  
jamás os he visto así;  
estais trémula.

Doña Inés. ¡Ay de mí!

Brígida. ¿Qué es lo que pasa por vos?

Doña Inés. No sé... El campo de mi mente  
siento que cruzan perdidas  
mil sombras desconocidas,  
que me inquietan vagamente;  
y ha tiempo al alma me dan  
con su agitacion tortura.

Brígida. ¿Tiene alguna, por ventura,  
el semblante de don Juan?

Doña Inés. No sé; desde que le ví,  
Brígida mía, y su nombre  
me dijiste, tengo á ese hombre  
siempre delante de mí.

Por dó quiera me distraigo  
con su agradable recuerdo,

y si un instante le pierdo,  
en su recuerdo recaigo.  
No sé qué fascinación  
en mis sentidos ejerce,  
que siempre hácia él se me tuerce  
la mente y el corazón;  
y aquí, y en el oratorio,  
y en todas partes advierto  
que el pensamiento divierto  
con la imagen de Tenorio.

Brígida. ¡Válgame Dios!

Doña Inés., según lo vais explicando,  
tentaciones me van dando  
de creer que eso amor es.

Doña Inés. ¡Amor has dicho!

Brígida. Sí, amor.

Doña Inés. No, de ninguna manera.

Brígida. Pues por amor lo entendiera  
el menos entendedor;

mas vamos la carta á ver:

¿En qué os parais? ¿Un suspiro?

Doña Inés. ¡Ay! Que cuanto mas la miro  
menos me atrevo á leer.

(Lee.)

«Doña Inés del alma mía».

Virgen santa, ¡qué principio!

Brígida. Vendrá en verso, y será un ripio  
que traerá la poesía.

Vamos, seguid adelante.

Doña Inés. (Lee.)

«Luz de donde el sol la toma,  
hermosísima paloma privada de libertad,  
si os dignais por estas letras pasar vuestros lindos ojos,  
no los torneis con enojos  
sin concluir, acabad».

Brígida. ¡Qué humildad y qué finura!  
¡dónde hay mayor rendimiento!

Doña Inés. Brígida, no sé qué siento.

Brígida. Seguid, seguid la lectura.

Doña Inés. *(Lee.)*

«Nuestros padres de consuno  
nuestras bodas acordaron,  
porque los cielos juntaron  
los destinos de los dos.

Y halagado desde entonces  
con tan risueña esperanza,  
mi alma, Doña Inés, no alcanza  
otro porvenir que vos.

De amor con ella en mi pecho brotó  
una chispa ligera,  
que han convertido en hoguera  
tiempo y afición tenaz.

Y esta llama, que en mí mismo  
se alimenta, inextinguible,  
cada día más terrible  
va creciendo y más voraz.

Brígida. Es claro; esperar le hicieron  
en vuestro amor algún día,  
y hondas raíces tenía cuando  
á arrancársele fueron.

Seguid.

Doña Inés. *(Lee.)*

«En vano á apagarla concurren  
tiempo y ausencia,  
que doblando su violencia,  
no hoguera ya, volcan es;  
y yo, que en medio del cráter  
desamparado batallo,  
suspendido en él me hallo  
entre mi tumba y mi Inés».

Brígida. ¿Lo veis, Inés?

Si ese Horario le despreciais, al instante  
le preparan el sudario.

Doña Inés. Yo desfallezco.

Brígida. Adelante.

Doña Inés. *(Lee.)*

«Inés, alma de mi alma,  
perpetuo iman de mi vida,  
perla sin concha escondida  
entre las algas del mar;  
garza que nunca del nido  
tender osastes el vuelo  
al diáfano azul del cielo  
para aprender á cruzar,  
si es que á través de esos muros  
el mundo apenas miras,  
y por el mundo suspiras,  
de libertad con afán,  
acuérdate que al pié mismo  
de esos muros que te guardan,  
para salvarte te aguardan  
los brazos de tu don Juan ».

*(Representa.)*

¿Qué es lo que me pasa, ¡cielo!,  
que me estoy viendo morir?

Brígida. *(Aparte.)*

Ya tragó todo el anzuelo.

Vamos, que está al concluir.

Doña Inés. *(Lee.)*

«Acuérdate de quien llora  
al pié de tu celosía,  
y allí le sorprende el día  
y le halla la noche allí;  
acuérdate de quien vives  
ó lo por tí, ¡vida mía!,  
y que á tus piés volaría  
si le llamaras á tí».

Brígida. ¿Lo veis? vendría.

Doña Inés. ¡Vendría!

Brígida. A postrarse á vuestros piés.

Doña Inés. ¿Puede?

Brígida. ¡Oh, sí!

Doña Inés. ¡Virgen María!

Brígida. Pero acabad, Doña Inés.

Doña Inés. *(Lee.)*

«Adiós, oh luz de mis ojos;  
adios, Inés de mi alma;  
medita, por Dios, en calma  
las palabras que aquí van;  
y si odias esa clausura  
que ser tu sepulcro debe,  
manda, que á todo se atreve  
por tu hermosura don Juan ».

*(Representa Doña Inés.)*

¡Ay! ¿Qué filtro envenenado  
me dan en este papel,  
que el corazon desgarrado  
me estoy sintiendo con él?  
¿Qué sentimientos dormidos  
son los que revela en mí;  
qué impulsos jamas sentidos,  
qué luz, que hasta hoy nunca ví?  
¿Qué es lo que engendra en mi alma  
tan nuevo y profundo afan?  
¿Quien roba la dulce calma  
de mi corazon?

Brígida. don Juan.

Doña Inés. ¡don Juan dices...!

¿Conque ese hombre  
me ha de seguir por doquier?  
¿Solo he de escuchar su nombre,  
solo su sombra he de ver?  
¡Ah! Bien dice: juntó el cielo  
los destinos de los dos,  
y en mi alma engendró  
este anhelo fatal.

Brígida. ¡Silencio, por Dios!  
*(Se oyen dar las ánimas.)*

Doña Inés. ¿Qué?

Brígida. Silencio.

Doña Inés. Me estremezco.

Brígida. ¿Oís, doña Inés, tocar?

Doña Inés. Sí; lo mismo que otras veces,  
las ánimas oigo dar.

Brígida. Pues no habéis de él.

Doña Inés. ¡Cielo santo!

¿De quién?

Brígida. ¿De quien ha de ser?

De ese don Juan que amais tanto,  
porque puede aparecer.

Doña Inés. ¡Me amedrentas! ¿Puede ese hombre  
llegar hasta aquí?

Brígida. Quizá,  
porque el eco de su nombre  
tal vez llega adonde está.

Doña Inés. ¡Cielos! ¿Y podrá...?

Brígida. ¡Quien sabe!

Doña Inés. ¿Es un espíritu, pues?

Brígida. No; mas si tiene una llave...

Doña Inés. ¡Dios!

Brígida. Silencio, Doña Inés;

¿no oís pasos?

Doña Inés. ¡Ay! Ahora  
nada oigo.

Brígida. Las nueve dan.

Suben...Se acercan...Señora...

Ya está aquí.

Doña Inés. ¿Quién?

Brígida. Él.

Doña Inés. ¡Don Juan!

ESCENA IV

DOÑA INÉS, DON JUAN Y BRIGIDA .

Doña Inés. ¿Qué es esto? ¿Sueño... deliro?

D. Juan. ¡Inés de mi corazón!

Doña Inés. ¿Es realidad lo que miro,

o es una fascinacion...?  
Tenedme, apenas respiro...  
sombra... ¡huye por compasion!  
¡Ay de mí...!

*(Desmáyase Doña Inés, y don Juan la sostiene. La carta de don Juan queda en el suelo abandonada por Doña Inés al desmayarse.)*

Brígida. La ha fascinado  
vuestra repentina entrada,  
y el pavor la ha trastornado.

D. Juan. Mejor, así nos ha ahorrado  
la mitad de la jornada.

¡Ea! No desperdiciemos el tiempo  
aquí en contemplarla,  
si perdernos no queremos.

En los brazos á tomarla  
voy, y cuanto antes, ganemos  
ese claustro solitario.

Brígida. ¡Oh! ¿Vais á sacarla así?

D. Juan. Necia, ¿piensas que rompí  
la clausura temerario,  
para dejármela aquí?

Mi gente abajo me espera; sígueme.

Brígida. ¡Sin alma estoy!

¡Ay! Este hombre es una fiera;  
nada le ataja ni altera...

Sí, sí; á su sombra me voy.

ESCENA V

LA ABADESA

Abadesa. Jurára que habia oído  
por estos claustros andar;

hoy á doña Inés velar  
algo mas la he permitido,  
y me temo... mas no están.

aquí. ¿Qué pudo ocurrir  
á las dos para salir  
de la celda? ¿Dónde irán?

¡Hola! Yo las ataré corto

para que no vuelvan  
á enredar y me revuelvan  
á las novicias... sí á fé.  
Mas siento por allá fuera pasos. ¿Quién es?

#### ESCENA VI

LA ABADESA Y LA TORNERA.

Tornera. Yo, señora.

Abadesa. ¡Vos en el claustro á esta hora!

¿Qué es esto, hermana Tornera?

Tornera. Madre Abadesa, os buscaba.

Abadesa. ¿Qué hay? Decid.

Tornera. Un noble anciano quiere hablaros.

Abadesa. Es en vano.

Tornera. Dice que es de Calatrava

caballero; que sus fueros

le autorizan á este paso,

y que la urgencia del caso

le obliga al instante á veros.

Abadesa. ¿Dijo su nombre?

Tornera. El señor

don Gonzalo Ulloa.

Abadesa. ¿Qué puede querer...? Abralé,

hermana, es comendador

de la órden, y derecho

tiene en el claustro de entrada.

#### ESCENA VII

LA ABADESA Y DON GONZALO, DESPUÉS.

Abadesa. ¿A una hora tan avanzada venir así...?

No sospecho qué pueda ser...mas me place,

pues no hallando á su hija aquí,

la reprenderá, y así

mirará otra vez lo que hace.

#### ESCENA VIII

LA ABADESA. DON GONZALO. LA TORNERA, á la puerta.

D. Gonz. Perdonad, madre Abadesa,

que en hora tal os moleste;

mas para mí, asunto es éste

que honra y vida me interesa.

Abadesa. ¡Jesús!

D. Gonz. Oíd.

Abadesa. Hablad, pues.

D. Gonz. Yo guardé hasta hoy un tesoro  
de mas quilates que el oro,  
y ese tesoro es mi Inés.

Abadesa. A propósito...

D. Gonz. Escuchad.

Se me acaba de decir  
que han visto á su dueña ir  
há poco por la ciudad hablando con el criado  
de un don Juan, de tal renombre,  
que no hay en la tierra otro hombre  
tan audaz y tan malvado.

En tiempo atrás se pensó  
con él á mi hija casar,  
y hoy, que se la fuí á negar,  
robármela me juró:

Que por el torpe doncel  
ganada la dueña  
está, no puedo dudarlo ya;  
debo, pues, guardarme de él;  
y un día, una hora quizás  
de imprevision le bastára  
para que mi honor manchára  
ese hijo de Satanás.

Hé aquí mi inquietud cuál es;  
por la dueña, en conclusion,  
vengo; vos la profesion  
abreviad de doña Inés.

Abadesa. Sois padre, y es vuestro afan muy justo, comendador;  
mas ved que ofende á mi honor.

D. Gonz. No sabeis quien es don Juan.

Abadesa. Aunque le pintáis tan malo,  
yo os puedo decir de mí,  
que mientras Inés esté aquí,

segura está, don Gonzalo.

D. Gonz. Lo creo; mas las razones  
abreviemos: entregadme  
esa dueña, y perdonadme  
mis mundanas opiniones.

Si vos de vuestra virtud me respondéis,  
yo me fundo en que conozco del mundo  
la insensata juventud.

Abadesa. Se hará como lo escogís.

Hermana Tornera, id pues  
á buscar á doña Inés  
y á su dueña.

*(Vase la TORNERA.)*

D. Gonz. ¿Qué decís,  
señora? o traicion me ha hecho  
mi memoria, o yo sé bien  
que esta es hora de que estén  
ambas á dos en su lecho.

Abadesa. Há un punto sentí á las dos salir de aquí, no sé á qué.

D. Gonz. ¡Ay! Por qué tiemblo no sé.

Mas, ¡qué veo, Santo Dios!

Un papel... me lo decía  
á voces mi mismo afan.

*(Leyendo.)*

«Doña Inés del alma mía...»

Y la firma de don Juan.

Ved... ved... esa prueba escrita.

Leed ahí... ¡Oh! Mientras que vos  
por ella rogais á Dios,  
viene el diablo y os la quita.

ESCENA IX

LA ABADESA. DON GONZALO. LA TORNERA.

Tornera. Señora...

Abadesa. ¿Qué?

Tornera. Vengo muerta.

D. Gonz. Concluid.

Tornera. No acierto á hablar...

He visto á un hombre saltar  
por las tapias de la huerta.

D. Gonz. ¿Veis? Corramos; ¡ay de mí!

Abadesa. ¿Dónde vais, comendador?

D. Gonz. ¡Imbécil! Tras de mi honor,  
que os roban á vos de aquí.

**FIN DEL ACTO TERCERO**

## ACTO CUARTO

### EL DIABLO A LAS PUERTAS DEL CIELO

#### PERSONAS

Don Juan, Doña Inés, Don Gonzalo, Don Luis, Ciutti, Brígida, Alguaciles. 1.º y 2.º

Quinta de don Juan Tenorio, cerca de Sevilla y sobre el Guadalquivir. Balcón en el fondo. Dos puertas á cada lado.

#### ESCENA I

BRÍGIDA Y CIUTTI.

Brígida. ¡Qué noche, válgame Dios!

á poderlo calcular,  
no me meto yo á servir

á tan fogoso galan.

¡Ay, Ciutti! molida estoy;

no me puedo menear.

Ciutti. Pues, ¿qué os duele?

Brígida. Todo el cuerpo,

y toda el alma ademas.

Ciutti. ¡Ya! No estais acostumbrada al caballo,  
es natural.

Brígida. Mil veces pensé caer;

¡Uf! ¡Qué mareo! ¡Qué afan!

Veía yo unos tras otros ante mis ojos pasar

los árboles como en alas

llevados de un huracan,

tan apriesa y produciéndome

ilusion tan infernal  
que perdiera los sentidos  
si tardamos en parar.

Ciutti. Pues de estas cosas vereis,  
si en esta casa os quedais,  
lo menos seis por semana.

Brígida. ¡Jesús!

Ciutti. Y esa niña está  
reposando todavía?

Brígida. ¿Y á qué se ha de despertar?

Ciutti. Sí; es mejor que abra los ojos  
en los brazos de don Juan.

Brígida. Preciso es que tu amo tenga  
algun diablo familiar.

Ciutti. Yo creo que sea él mismo  
un diablo en carne mortal,  
porque á lo que él, solamente  
se arrojara Satanás.

Brígida. ¡Oh! ¡El lance ha sido estremado!

Ciutti. Pero al fin logrado está.

Brígida. ¡Salir así de un convento  
en medio de una ciudad  
como Sevilla!

Ciutti. Es empresa  
tan solo para hombre tal.

Mas, ¡qué diablos!, si á su lado la fortuna siempre va,  
y encadenado á sus piés  
duerme sumiso el azar.

Brígida. Sí; decís bien.

Ciutti. No he visto hombre  
de corazon mas audaz;  
no halla riesgo que le espante,  
ni encuentra dificultad  
que al empeñarse en vencer,  
le haga un punto vacilar.

A todo osado se arroja,  
de todo se ve capaz,

ni mira dónde se mete,  
ni lo pregunta jamás.  
Allí hay un lance, le dicen;  
y él dice: «allá va don Juan ».  
Mas ya tarda, ¡vive Dios!  
Brígida. Las doce en la catedral  
han dado há tiempo.  
Ciutti. Y de vuelta  
debía á las doce estar.  
Brígida. ¿Pero, ¿por qué no se vino  
con nosotros?  
Ciutti. Tiene allá en la ciudad todavía  
cuatro cosas que arreglar.  
Brígida. ¿Para el viaje?  
Ciutti. Por supuesto;  
aunque muy fácil será  
que esta noche á los infiernos  
le hagan á él mismo viajar.  
Brígida. ¡Jesús, qué ideas!  
Ciutti. ¡Pues digo!  
¿Son obras de caridad  
en las que nos empleamos, para mejor esperar?  
Aunque seguros estamos  
como vuelva por acá.  
Brígida. ¿De veras, Ciutti?  
Ciutti. Venid  
á este balcón, y mirad.  
¿Qué veis?  
Brígida. Veo un bergantín  
que anclado en el río está.  
Ciutti. Pues su patron solo aguarda  
las órdenes de don Juan,  
y salvos en todo caso  
á Italia nos llevará.  
Brígida. ¿Cierto?  
Ciutti. Y nada receleis  
por nuestra seguridad,

que es el barco mas velero  
que boga sobre la mar.

Brígida. ¡Chist! Ya siento á doña Inés.

Ciutti. Pues yo me voy, que don Juan  
encargó que sola vos  
debiais con ella hablar.

Brígida. Y encargó bien, que yo entiendo de esto.

Ciutti. Adios, pues.

Brígida. Vete en paz.

ESCENA II

DOÑA INÉS Y BRIGIDA.

Doña Inés. ¡Dios mio, cuánto he soñado!

¡Loca estoy! ¿Qué hora será?

¿Pero qué es esto? ¡ay de mí!

No recuerdo que jamas  
haya visto este aposento.

¿Quién me trajo aquí?

Brígida. Don Juan.

Doña Inés. Siempre don Juan...¿mas conmigo

¿aquí tú tambien estás, Brígida?

Brígida. Sí, Doña Inés.

Doña Inés. Pero dime en caridad,  
¿dónde estamos? ¿Este cuarto  
es del convento?

Brígida. No tal;  
aquello era un cuchitril  
en donde no habia mas que miseria.

Doña Inés. Pero, en fin,  
¿en dónde estamos?

Brígida. Mirad,  
mirad por este balcón,  
y alcanzareis lo que va  
desde un convento de monjas  
á una quinta de don Juan.

Doña Inés. ¿Es de don Juan esta quinta?

Brígida. Y creo que vuestra ya.

Doña Inés. Pero no comprendo, Brígida

lo que dices.

Brígida. Escuchad.

Estábais en el convento  
leyendo con mucho afán  
una carta de don Juan,  
cuando estalló en un momento  
un incendio formidable.

Doña Inés. ¡Jesús!

Brígida. Espantoso, inmenso;  
el humo era ya tan denso,  
que el aire se hizo palpable.

Doña Inés. Pues no recuerdo...

Brígida. Las dos,  
con la carta entretenidas,  
olvidamos nuestras vidas,  
yo oyendo, y leyendo vos.  
Y estaba en verdad tan tierna,  
que entrambas á su lectura,  
achacamos la tortura  
que sentíamos interna.

Apenas ya respirar  
podíamos, y las llamas  
prendían en nuestras camas;  
nos íbamos á asfisiar,  
cuando don Juan, que os adora,  
y que rondaba el convento,  
al ver crecer con el viento la llama devastadora,  
con inaudito valor,  
viendo que ibais á abrasaros,  
se metió para salvaros  
por donde pudo mejor.

Vos al verle así asaltar  
la celda tan de improviso,  
os desmayasteis... preciso;  
la cosa era de esperar.

Y él, cuando os vió caer así,  
en sus brazos os tomó

y echó á huir, yo le seguí,  
y del fuego nos sacó.  
¿Dónde íbamos á esta hora?  
Vos seguiais desmayada;  
yo estaba ya casi ahogada.  
Dijo, pues: «hasta la aurora  
en mi casa las tendré».  
Y hénos, Doña Inés, aquí.  
Doña Inés. ¿Conque esta es su casa?  
Brígida. Sí.  
Doña Inés. Pues nada recuerdo á fé.  
Pero... ¡en su casa...! ¡Oh! al punto  
salgamos de ella... yo tengo  
la de mi padre.  
Brígida. Convengo con vos; pero es el asunto...  
Doña Inés. ¿Qué?  
Brígida. Que no podemos ir.  
Doña Inés. Oir tal me maravilla.  
Brígida. Nos aparta de Sevilla...  
Doña Inés. ¿Quién?  
Brígida. Vedlo, el Guadalquivir.  
Doña Inés. ¿No estamos en la ciudad?  
Brígida. A una legua nos hallamos de sus murallas.  
Doña Inés. ¡Oh! ¡estamos perdidas!  
Brígida. ¡No sé en verdad por qué!  
Doña Inés. Me estás confundiendo,  
Brígida... y no sé qué redes  
son las que entre estas paredes  
temo que me estás tendiendo.  
Nunca el claustro abandoné,  
ni sé del mundo exterior  
los usos, mas tengo honor;  
noble soy, Brígida,  
y sé que la casa de don Juan  
no es buen sitio para mí;  
me lo está diciendo aquí  
no sé qué escondido afán.

Ven, huyamos.

Brígida. Doña Inés,  
la existencia os ha salvado.

Doña Inés. Sí, pero me ha envenenado el corazón.

Brígida. ¿Le amais, pues?

Doña Inés. No sé... mas, por compasión,  
huyamos pronto de ese hombre,  
tras de cuyo solo nombre  
se me escapa el corazón.

¡Ah! Tú me diste un papel  
de manos de ese hombre escrito,  
y algun encanto maldito  
me diste encerrado en él.

Una sola vez le vi  
por entre unas celosías,  
y que estaba, me decías,  
en aquel sitio por mí.

Tú, Brígida, á todas horas  
me venías de él á hablar,  
haciéndome recordar  
sus gracias fascinadoras.

Tú me dijiste que estaba  
para mío destinado  
por mi padre, y me has jurado  
en su nombre que me amaba.

¿Que le amo dices...? Pues bien,  
si esto es amar, sí, le amo;  
pero yo sé que me infamo  
con esa pasión también.

Y si el débil corazón  
se me va tras de don Juan,  
tirándome de él están  
mi honor y mi obligación.

Vamos, pues, vamos de aquí primero que ese hombre venga;  
pues fuerza acaso no tenga  
si le veo junto á mí.

Vamos, Brígida.

Brígida. Esperad. ¿No oís?  
Doña Inés. ¿Qué?  
Brígida. Ruido de remos.  
Doña Inés. Sí, dices bien;  
volveremos en un bote á la ciudad.  
Brígida. Mirad, mirad, doña Inés.  
Doña Inés. Acaba... por Dios, partamos.  
Brígida. Ya, imposible que salgamos.  
Doña Inés. ¿Por qué razón?  
Brígida. Porque él es  
quien en ese barquichuelo  
se adelanta por el río.  
Doña Inés. ¡Ay! ¡Dadme fuerzas, Dios mio!  
Brígida. Ya llegó; ya está en el suelo.  
Sus gentes nos volverán  
á casa, mas antes de irnos  
es preciso despedirnos  
á lo menos de don Juan.  
Doña Inés. Sea, y vamos al instante.  
No quiero volverle á ver.  
Brígida. (*Aparte.*)  
(Los ojos te hará volver  
al encontrarle delante).  
Doña Inés. Vamos.  
Ciutti. (*Dentro.*) Aquí están.  
D. Juan. (*Dentro.*) Alumbra.  
Brígida. ¡Nos busca!  
Doña Inés. Él es.  
ESCENA III  
DICHAS. DON JUAN.  
D. Juan. ¿Adónde vais, doña Inés?  
Doña Inés. Dejadme salir, don Juan.  
D. Juan. ¿Que os deje salir?  
Brígida. Señor,  
sabiendo ya el accidente  
del fuego, estará impaciente  
por su hija el comendador.

D. Juan. ¡El fuego! ¡Ah!  
No os dé cuidado por Don Gonzalo,  
que ya dormir tranquilo le hará  
el mensaje que le he enviado.

Doña Inés. ¿Le habeis dicho...?

D. Juan. Que os hallabais bajo mi amparo segura,  
y el aura del campo pura libre por fin respirabais.

*(Vase Brígida.)*

Cálmate, pues, vida mía;  
reposa aquí, y un momento  
olvida de tu convento  
la triste cárcel sombría.

¡Ah! ¿No es cierto, ángel de amor,  
que en esta apartada orilla  
mas pura la luna brilla  
y se respira mejor?

Esta aura que vaga llena  
de los sencillos olores  
de las campesinas flores  
que brota esa orilla amena;  
esa agua limpia y serena  
que atraviesa sin temor  
la barca del pescador  
que espera cantando el día,  
*¿no es cierto, paloma mía,  
que están respirando amor?*

Esa armonía que el viento  
recoge entre esos millares  
de floridos olivares,  
que agita con manso aliento,  
ese dulcísimo acento  
con que trina el ruiseñor  
de sus copas morador  
llamando al cercano día,  
*¿no es verdad, gacela mía,  
que están respirando amor?*  
Y estas palabras que están

filtrando insensiblemente  
tu corazon, ya pendiente  
de los labios de don Juan,  
y cuyas ideas van  
inflamando en su interior  
un fuego germinador  
no encendido todavía,  
*¿no es verdad, estrella mía,  
que están respirando amor?*  
Y esas dos líquidas perlas  
que se desprenden tranquilas  
de tus radiantes pupilas  
convidándome á beberlas.  
evaporarse á no verlas  
de sí mismas al calor,  
y ese encendido color  
que en tu semblante no habia,  
*¿no es verdad, hermosa mia,  
que están respirando amor?*  
¡Oh! sí, bellísima Inés,  
espejo y luz de mis ojos;  
escucharme sin enojos  
como lo haces, amor es;  
mira aquí á tus plantas,pues,  
todo el altivo rigor  
de este corazon traidor  
que rendirse no creia,  
adorando, vida mia,  
la esclavitud de tu amor.  
Doña Inés. Callad, por Dios,  
¡oh don Juan!,  
que no podré resistir  
mucho tiempo sin morir  
tan nunca sentido afan.  
¡Ah! Callad, por compasion,  
que oyéndoos me parece  
que mi cerebro enloquece

y se arde mi corazon.  
¡Ah! Me habeis dado á beber  
un filtro infernal sin duda,  
que á rendiros os ayuda  
la virtud de la muger.  
Tal vez poseeis, don Juan,  
un misterioso amuleto,  
que á vos me atrae en secreto  
como irresistible imán.  
Tal vez Satán puso en vos  
su vista fascinadora,  
su palabra seductora  
y el amor que negó á Dios.  
¿Y qué he de hacer, ¡ay de mí!,  
sino caer en vuestros brazos,  
si el corazon en pedazos  
me vais robando de aquí?  
No, don Juan; en poder mio  
resistirte no está ya; yo voy á tí,  
como va sorbido al mar ese rio.  
Tu presencia me enagena,  
tus palabras me alucinan,  
y tus ojos me fascinan,  
y tu aliento me envenena.  
¡Don Juan! ¡don Juan!  
Yo lo imploro de tu hidalga compasion:  
o arráncame el corazon,  
o ámame, porque te adoro.  
D. Juan. ¡Alma mia!  
Esa palabra cambia de modo mi ser,  
que alcanzo que puede hacer  
hasta que el Eden se me abra.  
No es, doña Inés, Satanás  
quien pone este amor en mí;  
es Dios, que quiere por tí  
ganarme para El quizás.  
No, el amor que hoy se atesora

en mi corazon mortal,  
no es un amor terrenal  
como el que sentí hasta ahora,  
no es esa chispa fugaz  
que cualquier ráfaga apaga;  
es incendio que se traga  
cuanto ve, inmenso, voraz.  
Desecha, pues, tu inquietud,  
bellísima doña Inés,  
porque me siento á tus piés  
capaz aún de la virtud.  
Sí; iré mi orgullo á postrar  
ante el buen comendador,  
y, ó habrá de darme tu amor,  
o me tendrá que matar.

Doña Inés. ¡Don Juan de mi corazon!

D. Juan. ¡Silencio! ¿habeis escuchado?

Doña Inés. ¿Qué?

D. Juan. Sí; una barca ha atracado  
debajo de ese balcon.

Un hombre embozado de ella salta...

Brígida, al momento

*(Entra Brígida.)*

pasad á esotro aposento;

y perdonad, Inés bella,

si solo me importa estar.

Doña Inés. ¿Tardarás? don Juan

Poco ha de ser.

Doña Inés. A mi padre hemos de ver.

D. Juan. Sí; en cuanto empiece á clarear.

Adios.

ESCENA IV

DON JUAN Y CIUTTI.

Ciutti. Señor.

D. Juan. ¿Qué sucede, Ciutti?

Ciutti. Ahí está un embozado  
en veros muy empeñado.

D. Juan. ¿Quién es?

Ciutti. Dice que no puede descubrirse mas que á vos, y que es cosa de tal priesa, que en ella se os interesa la vida á entrambos á dos.

D. Juan. ¿Y en él no has reconocido marca ni señal alguna que nos oriente?

Ciutti. Ninguna; mas á veros decidido viene.

D. Juan. ¿Trae gente?

Ciutti. No mas que los remeros del bote.

D. Juan. Que entre.

ESCENA V

DON JUAN. luego CIUTTI y DON LUIS, embozado.

D. Juan. ¡Jugamos á escote la vida...! mas, si es quizás un traidor que hasta mi quinta me viene siguiendo el paso? Hállame, pues, por si acaso, con las armas en la cinta.

*(Se ciñe la espada y suspende al cinto un par de pistolas, que habrá colocado sobre la mesa á su salida en la escena tercera. Al momento sale Ciutti conduciendo á Don Luis, que, embozado hasta los ojos, espera á que se queden solos. don Juan hace á Ciutti una seña para que se retire. Lo hace.)*

ESCENA VI

DON JUAN. DON LUIS.

D. Juan. *(Aparte.)*

*(Buen talante.)* Bien venido, caballero.

D. Luis. Bien hallado, señor mio.

D. Juan. Sin cuidado hablad.

D. Luis. Jamas lo he tenido.

D. Juan. Decid, pues: ¿a qué venís á esta hora y con tal afan?

D. Luis. Vengo á mataros, don Juan.

D. Juan. Según eso, sois don Luis?

D. Luis. No os engañó el corazón,  
y el tiempo no malgastemos,  
don Juan; los dos no cabemos ya en la tierra.

D. Juan. En conclusión,  
señor Mejía, es decir  
que, porque os gané la apuesta,  
¿quereis que acabe la fiesta  
con salirnos á batir?

D. Luis. Estais puesto en la razón;  
la vida apostado habemos,  
y es fuerza que nos paguemos.

D. Juan. Soy de la misma opinión.  
Mas ved que os debo advertir  
que sois vos quien la ha perdido.

D. Luis. Pues por eso os la he traído;  
mas no creo que morir  
deba nunca un caballero  
que lleva en el cinto espada,  
como una res destinada  
por su dueño al matadero.

D. Juan. Ni yo creo que resquicio  
habréis jamas encontrado  
por donde me hayais tomado  
por un cortador de oficio.

D. Luis. De ningún modo, y ya veis que,  
pues os vengo á buscar,  
mucho en vos debo fiar.

D. Juan. No mas de lo que podeis.

Y por mostraros mejor  
mi generosa hidalguia,  
decid si aún puedo, Mejía,  
satisfacer vuestro honor.

Leal la apuesta os gané  
mas si tanto os ha escocido,  
mirad si halláis conocido remedio, y le aplicaré.

D. Luis. No hay mas que el que os he propuesto, don Juan.

Me habeis maniatado,  
y habeis la casa asaltado  
usurpándome mi puesto;  
y pues el mio tomásteis  
para triunfar de Doña Ana,  
no sois vos, don Juan, quien gana,  
porque por otro jugásteis.

D. Juan. Ardides del juego son.

D. Luis. Pues no os los quiero pasar,  
y por ellos á jugar  
vamos ahora el corazon.

D. Juan. ¿Le arriesgáis, pues, en revancha  
de doña Ana de Pantoja?

D. Luis. Sí; y lo que tardo me enoja  
en lavar tan fé a mancha.

D. Juan., yo la amaba, sí;  
mas con lo que habeis osado,  
imposible la hais dejado  
para vos y para mí.

D. Juan. ¿Por qué la apostasteis, pues?

D. Luis. Porque no pude pensar  
que la pudierais lograr.

Y... vamos, por San Andrés,  
á reñir, que me impaciento.

D. Juan. Bajemos á la ribera.

D. Luis. Aquí mismo.

D. Juan. Necio fuera;  
¿no veis que en este aposento  
prendieran al vencedor?

Vos traeis una barquilla.

D. Luis. Sí.

D. Juan. Pues que lleve á Sevilla  
al que quede.

D. Luis. Eso es mejor;  
Salgamos, pues.

DON JUAN Esperad.

D. Luis. ¿Qué sucede?

D. Juan. Ruido sienta.

D. Luis. Pues no perdamos momento.

ESCENA VII

DON JUAN, DON LUIS. CIUTTI.

Ciutti. Señor, la vida salvad.

D. Juan. ¿Qué hay, pues?

Ciutti. El comendador,  
que llega con gente armada.

D. Juan. Déjale franca la entrada, pero á él solo.

Ciutti. Mas, señor...

D. Juan. Obedéceme.

*(Vase CIUTTI.)*

ESCENA VIII

DON JUAN. DON LUIS.

D. Juan. Don Luis,  
pues de mí os habeis fiado  
cuanto dejais demostrado  
cuando, á mi casa venís,  
no dudaré en suplicaros,  
pues mi valor conoceis,  
que un instante me aguardéis.

D. Luis. Yo nunca puse reparos  
en valor que es tan notorio;  
mas no me fio de vos.

D. Juan. Ved que las partes son dos  
de la apuesta con Tenorio,  
y que ganadas están.

D. Luis. ¡Lográsteis á un tiempo...!

D. Juan. Sí;  
la del convento está aquí;  
y pues viene de don Juan  
á reclamarla quien puede,  
cuando me podeis matar,  
no debo asunto dejar  
tras mí que pendiente quede.

D. Luis. Pero mirad que meter quien puede  
el lance impedir entre los dos, puede ser...

D. Juan. ¿Qué?

D. Luis. Escusaros de reñir.

D. Juan. ¡Miserable...! De don Juan podeis dudar solo vos;  
mas aquí entrad, vive Dios,  
y no tengais tanto afan  
por vengaros, que este asunto  
arreglado con ese hombre,  
don Luis, yo os juro á mi nombre  
que nos batimos al punto.

D. Luis. Pero...

D. Juan. ¡Con una legion de diablos! Entrad aquí,  
que harta nobleza es en mí  
aun daros satisfacción.

Desde ahí ved y escuchad;  
franca teneis esa puerta;  
si veis mi conducta incierta,  
como os acomode obrad.

D. Luis. Me avengo, si muy reacio no andais.

D. Juan. Calculadlo vos  
á placer; mas, ¡vive Dios!,  
¡que para todo hay espacio!

*(Entra DON LUIS en el cuarto que don Juan le señala.)* Ya suben.

*(DON JUAN escucha.)*

D. Gonz. *(Dentro.)*

¿Dónde está?

D. Juan. El es.

ESCENA IX

DON JUAN. DON GONZALO.

D. Gonz. ¿Adónde está ese traidor?

D. Juan. Aquí está, comendador.

D. Gonz. ¿De rodillas? don Juan Y á tus pies.

D. Gonz. Vil eres hasta en tus crímenes.

D. Juan. Anciano, la lengua ten,  
y escúchame un solo instante.

D. Gonz. ¿Qué puede en tu lengua haber  
que borre lo que tu mano  
escribió en este papel?

¡Ir á sorprender, infame,  
la cándida sencillez  
de quien no pudo el veneno de esas letras precaver!  
¡Derramar en su alma virgen traidoramente la hiel  
en que rebosa la tuya seca de virtud y fé!  
¡Proponerse así enlodar  
de mis timbres la alta prez,  
como si fuera un harapo  
que desecha un mercader!  
¿Ese es el valor, Tenorio,  
de que blasonas? ¿Esa es  
la proverbial osadia  
que te da á el vulgo á temer?  
¿Con viejos y con doncellas  
las muestras...? ¿Y para qué?  
¡Vive Dios! Para venir  
sus plantas así á lamer,  
mostrándote á un tiempo ageno de valor y de honradez.

D. Juan. ¡Comendador!

D. Gonz. ¡Miserable!

tú has robado á mi hija Inés  
de su convento,

y yo vengo por tu vida ó por mi bien.

D. Juan. Jamas delante de un hombre  
mi alta cerviz incliné,

ni he suplicado jamas,

ni á mi padre, ni á mi rey.

Y pues conservo á tus plantas

la postura en que me ves, considera,

Don Gonzalo, que razon debo tener.

D. Gonz. Lo que tienes es pavor  
de mi justicia.

D. Juan. ¡Pardiez! Óyeme, comendador,  
o tenerme no sabré,

y seré quien siempre he sido

no queriéndolo ahora ser.

D. Gonz. ¡Vive Dios!

D. Juan. Comendador, yo idolatro á doña Inés,  
persuadido de que el cielo  
me la quiso conceder  
para enderezar mis pasos  
por el sendero del bien.  
No amé la hermosura en ella  
ni sus gracias adoré;  
lo que adoro es la virtud, don Gonzalo,  
en doña Inés.  
Lo que justicias ni obispos  
no pudieron de mí hacer  
con cárceles y sermones,  
lo pudo su candidez.  
Su amor me torna en otro hombre  
regenerando mi ser,  
y ella puede hacer un ángel  
de quien un demonio fué.  
Escucha, pues, don Gonzalo,  
lo que te puede ofrecer  
el audaz don Juan Tenorio  
de rodillas á tus piés.  
Yo seré esclavo de tu hija,  
en tu casa viviré,  
tú gobernarás mi hacienda  
« diciéndome esto ha de ser».  
El tiempo que señaláres,  
en reclusion estaré;  
cuantas pruebas ecsigieres  
de mi audacia ó mi altivez,  
del modo que me ordenáres  
con sumision te daré.  
Y cuando estime tu juicio  
que la pueda merecer,  
yo la daré un buen esposo  
y ella me dará el Eden.  
D. Gonz. Basta, don Juan; no sé cómo  
me he podido contener

oyendo tan torpes pruebas  
de tu infame avilantez.

Don Juan, tú eres un cobarde  
cuando en la ocasión te ves,  
y no hay bajeza á que no oses  
como te saque con bien.

D. Juan. ¡Don Gonzalo!

D. Gonz. Y me avergüenzo  
de mirarte así á mis piés,  
lo que apostabas por fuerza suplicando por merced.

D. Juan. Todo así se satisface, Don Gonzalo, de una vez.

D. Gonz. ¡Nunca! ¡Nunca! ¿Tú su esposo?

Primero la mataré.

¡Ea!, entregádmela al punto,  
o, sin poderme valer,  
en esa postura vil  
el pecho te cruzaré.

D. Juan. Míralo bien, don Gonzalo,  
que vas á hacerme perder  
con ella hasta la esperanza  
de mi salvación tal vez.

D. Gonz. ¿Y qué tengo yo, don Juan,  
con tu salvación que ver?

D. Juan. ¡Comendador, que me pierdes!

D. Gonz. ¡Mi hija!

D. Juan. Considera bien  
que por cuantos medios pude  
te quise satisfacer;  
y que con armas al cinto  
tus denuestos toleré,  
proponiéndote la paz  
de rodillas á tus piés.

ESCENA X

DICHOS.DON LUIS, soltando una carcajada de burla.

D. Luis. Muy bien, don Juan.

D. Juan. ¡Vive Dios!

D. Gonz. ¿Quién es ese hombre?

D. Luis. Un testigo  
de su miedo, y un amigo,  
comendador, para vos.

D. Juan. ¡Don Luis!

D. Luis. Ya he visto bastante, don Juan,  
para conocer cuál uso puedes hacer  
de tu valor arrogante;  
y quien hiere por detras  
y se humilla en la ocasion,  
es tan vil como el ladron  
que roba y huye.

D. Juan. ¿Esto mas?

D. Luis. Y pues la ira soberana  
de Dios junta, como ves,  
al padre de Doña Inés  
y al vengador de Doña Ana,  
mira el fin que aquí te espera  
cuando á igual tiempo te alcanza  
aquí dentro su venganza  
y la justicia allá fuera.

D. Gonz. ¡Oh! Ahora comprendo... ¿  
Sois vos el que...?

D. Luis. Soy Don Luis Mejía, á quien á tiempo  
os envía por vuestra venganza  
Dios.

D. Juan. ¡Basta, pues, de tal suplicio!  
Si con hacienda y honor  
ni os muestro ni doy valor  
á mi franco sacrificio,  
y la leal solicitud  
con que ofrezco  
cuanto puedo tomáis,  
vive Dios, por miedo  
y os mofáis de mi virtud,  
os acepto el que me dais  
plazo breve y perentorio  
para mostrarme el Tenorio

de cuyo valor dudáis.

D. Luis. Sea, y cae á nuestros piés  
digno al menos de esa fama  
que por tan bravo te aclama.

D. Juan. Y venza el infierno, pues.  
¡Ulloa, pues mi alma así vuelves á hundir  
en el vicio, cuando Dios me llame á juicio  
tú responderás por mí!

*(Le da un pistoletazo.)*

D. Gonz. *(Cayendo.)*

¡Asesino!

D. Juan. ¡Y tú, insensato,  
que me llamas vil ladrón,  
dí en prueba de tu razon  
que cara á cara te mato!  
*(Riñen, y le da una estocada.)*

D. Luis. *(Cayendo.)*

¡Jesús!

D. Juan. Tardo tu fé ciega  
acude al cielo, Mejía,  
y no fué por culpa mía.  
Pero la justicia llega,  
y á fé que ha de ver quien soy.

Ciutti. *(Dentro.)*

¡Don Juan!

D. Juan. *(Asomándose al balcón.)*

¿Quién es?

Ciutti. *(Dentro.)* Por aquí; Salvaos.

D. Juan. ¿Hay paso?

Ciutti. Sí:

arrojaos.

D. Juan. Allá voy.  
Llamé al cielo, y no me oyó,  
y pues sus puertas me cierra,  
de mis pasos en la tierra  
responda el cielo, y no yo.

*(Se arroja por el balcón, y se le oye caer en el agua del río; al mismo tiempo que el ruido de los remos muestra la rapidez del barco en que parte, se oyen golpes en las puertas de la habitación; poco después entra la justicia, soldados, etc.)*

#### ESCENA XI

ALGUACILES. SOLDADOS. Luego DOÑA INÉS y BRÍGIDA.

Alguacil. 1º El tiro ha sonado aquí.

Alguacil. 2º Aun hay humo.

Alguacil. 1º ¡Santo Dios!

Aquí hay un cadáver.

Alguacil. 2º Dos.

Alguacil. 1º ¿Y el matador?

Alguacil. 2º Por allí.

*(Abren el cuarto en que están DOÑA INÉS y Brígida, y las sacan á la escena; Doña Inés reconoce el cadáver de su padre).*

Alguacil. 2º ¡Dos mugeres!

Doña Inés. ¡Ah! ¡Qué horror!

¡Padre mio!

Alguacil. 1º ¡Es su hija!

Brígida. Sí.

Doña Inés. ¡Ah! ¿dó estás, don Juan, que aquí me olvidas en tal dolor?

Alguacil. 2º El le asesinó.

Doña Inés. ¡Dios mio!

¿Me guardabas esto mas?

Alguacil. 2º Por aquí ese Satanás se arrojó sin duda al río.

Alguacil. 1º Miradlos... á bordo están del bergantín calabrés.

Todos. Justicia por doña Inés.

Doña Inés. Pero no contra don Juan.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

## **SEGUNDA PARTE**

# **ACTO PRIMERO**

## **LA SOMBRA DE DOÑA INÉS**

### **PERSONAS**

Don Juan, El Capitán Centellas, Don Rafael de Avellaneda, Un ESCULTOR, La sombra de Doña Inés.

Panteón de la familia Tenorio. El teatro representa un magnífico cementerio, hermo­seado á manera de jardín. En primer término, aislados y de bulto, los sepulcros de Don Gonzalo de Ulloa, de Doña Inés y de Don Luis Mejía, sobre los cuales se ven sus estátuas de piedra. El sepulcro de Don Gonzalo á la derecha, y su estátua de rodillas; el de Don Luis á la izquierda, y su estátua también de rodillas; el de Doña Inés en el centro, y su estátua al pie. En segundo término otros dos sepulcros en la forma que convenga; y en tercer término y en puesto elevado el sepulcro y la estátua del fundador, Don Diego Tenorio, en cuya figura remata la perspectiva de los sepulcros. Una pared llena de nichos y lápidas circuye el cuadro hasta el horizonte. Dos llorones á cada lado de la tumba de Doña Inés, dispuestos á servir de la manera que á su tiempo exige el juego escénico. Cipreses y flores de todas clases embellecen la decoración, que no debe tener nada horrible. La acción se supone en una tranquila noche de verano, y alumbrada por una clarísima luna.

### **ESCENA PRIMERA**

El ESCULTOR, disponiéndose á marchar.

Pues señor, es cosa hecha;  
el alma del buen don Diego  
puede, á mi ver, con sosiego  
reposar muy satisfecha.  
La obra está ya rematada  
con cuanta suntuosidad  
su postrera voluntad  
dejó al mundo encomendada.  
Y ya quisieran, ¡pardiez!,  
todos los ricos que mueren  
que su voluntad cumplieren  
los vivos, como esta vez.  
Mas ya de marcharme es hora;  
todo corriente lo dejo,  
y de Sevilla me alejo  
al despuntar de la aurora.  
¡Ah, mármoles que mis manos  
pulieron con tanto afan!  
Mañana os contemplarán  
los absortos sevillanos;  
y al mirar de este panteón  
las gigantes proporciones,  
tendrán las generaciones  
la nuestra en veneración.  
Mas yendo y viniendo días,  
se hundirán unas tras otras,  
mientras en pié estaréis vosotras,  
póstumas memorias mías.  
¡Oh, frutos de mis desvelos,  
peñas á quien yo animé,  
y por quienes arrostró  
la intemperie de los cielos!  
El que forma y ser os dió  
va ya á perderos de vista;  
¡velad mi gloria de artista,  
pues viviréis mas que yo!  
Mas... ¿quien llega?

## ESCENA II

EL ESCULTOR. DON JUAN, que entra embozado.

Escultor. Caballero...

don Juan Dios le guarde.

Escultor. Perdonad,  
mas ya es tarde, y...

D. Juan. Aguardad  
un instante, porque quiero  
que me expliqueis...

Escultor. ¿Por acaso sois forastero?

D. Juan. Años ha  
que falto de España ya,  
y me chocó el ver al paso  
cuando á esas verjas llegué,  
que encontraba este recinto  
enteramente distinto  
de cuando yo lo dejé.

Escultor. Yo lo creo; Como que esto  
entonces un palacio,  
y hoy es panteón el espacio  
donde aquél estuvo puesto.

D. Juan. ¡El palacio hecho panteón!

Escultor. Tal fué de su antiguo dueño la voluntad,  
y fué empeño que dió al mundo admiración.

D. Juan. ¡Y, por Dios, que es de admirar!

Escultor. Es una famosa historia,  
á la cual debo mi gloria.

D. Juan. ¿Me la podreis relatar?

Escultor. Sí; aunque muy sucintamente,  
pues me aguardan.

D. Juan. Sea.

Escultor. Oid  
la verdad pura.

D. Juan. Decid,  
que me teneis impaciente.

Escultor. Pues habitó esta ciudad  
y este palacio, heredado,

un varón muy estimado  
por su noble calidad.

D. Juan. Don Diego Tenorio.

Escultor. El mismo.

Tuvo un hijo este don Diego  
peor mil veces que el fuego,  
un aborto del abismo.

Un mozo sangriento y cruel,  
que con tierra y cielo en guerra,  
dicen que nada en la tierra  
fue respetado por él.

Quimerista, seductor y jugador con ventura,  
no hubo para él segura  
vida, ni hacienda, ni honor.

Así le pinta la historia,  
y si tal era, por cierto  
que obró cuerdamente el muerto  
para ganarse la gloria.

D. Juan. ¿Pues cómo obró?

Escultor. Dejó entera  
su hacienda al que la empleára  
en un panteón que asombrára  
á la gente venidera.

Mas con condición, que dijo,  
que se enterraran en él  
los que á la mano cruel  
sucumbieron de su hijo.

Y mirad en derredor  
los sepulcros de los mas  
de ellos.

D. Juan. ¿Y vos sois quizás el conserge?

Escultor. El escultor  
de estas obras encargado.

D. Juan. ¡Ah! ¿Y las habeis concluido?

Escultor. Ha un mes; mas me he detenido  
hasta ver ese enverjado  
colocado en su lugar;

pues he querido impedir  
que pueda el vulgo venir  
este sitio á profanar.

D. Juan. (*Mirando.*)

¡Bien empleó sus riquezas El difunto!

Escultor. ¡Yo lo creo!

Miradle allí.

D. Juan. Ya le veo.

Escultor. ¿Le conocisteis? don Juan Sí.

Escultor. Piezas

son todas muy parecidas,  
y á conciencia trabajadas.

D. Juan. ¡Cierto que son estremadas!

Escultor. ¿Os han sido conocidas las personas?

D. Juan. Todas ellas.

Escultor. ¿Y os parecen bien?

D. Juan. Sin duda,  
segun lo que á ver me ayuda  
el fulgor de las estrellas.

Escultor. ¡Oh! Se ven como de dia  
con esta luna tan clara.

Esta es mármol de Carrara.

(*Señalando á la de DON LUIS.*)

D. Juan. ¡Buen busto es el de Mejía!

¡Hola! Aquí el comendador  
se representa muy bien.

Escultor. Yo quise poner tambien  
la estatua del matador  
entre sus víctimas; pero  
no pude á manos haber  
su retrato... Un Lucifer  
dicen que era el caballero  
Don Juan Tenorio.

D. Juan. ¡Muy malo!

Mas, como pudiera hablar,  
le habia algo de abonar  
la estatua de Don Gonzalo.

Escultor. ¿También habeis conocido á don Juan?

D. Juan. Mucho.

Escultor. Don Diego  
le abandonó desde luego  
desheredándole.

D. Juan. Ha sido  
para don Juan poco daño  
ese, porque la fortuna  
va tras él desde la cuna.

Escultor. Dicen que ha muerto.

D. Juan. Es engaño; vive.

Escultor. ¿Y dónde?

D. Juan. Aquí, en Sevilla.

Escultor. ¿Y no teme que el furor popular...?

D. Juan. En su valor no ha echado el miedo semilla.

Escultor. Mas cuando vea el lugar  
en que está ya convertido  
el solar que suyo ha sido  
no osará en Sevilla estar.

D. Juan. Antes ver tendrá á fortuna  
en su casa reunidas  
personas de él conocidas,  
puesto que no ódia á ninguna.

Escultor. Creeis que ose aquí venir?

D. Juan. ¿Porqué no? pienso, á mi ver,  
que donde vino á nacer  
justo es que venga á morir.

Y pues le quitan su herencia  
para enterrar á estos bien,  
á él es muy justo también  
que le entierren con decencia.

Escultor. Solo á él le está prohibida  
en este panteon la entrada.

D. Juan. Trae don Juan muy buena espada,  
y no sé quien se lo impida.

Escultor. ¡Jesús! ¡tal profanación!

D. Juan. Hombre es don Juan que, á querer,

volverá el palacio hacer  
encima del panteon.

Escultor. ¿Tan audaz ese hombre es  
que aún á los muertos se atreve?

D. Juan. ¿Qué respetos gastar debe  
con los que tendió á sus piés?

Escultor. ¿Pero no tiene conciencia  
ni alma ese hombre?

D. Juan. Tal vez no,  
que al cielo una vez llamó  
con voces de penitencia,  
y el cielo en trance tan fuerte  
allí mismo le metió,  
que á dos inocentes dió,  
para salvarse, la muerte.

Escultor. ¡Qué monstruo, supremo Dios!

D. Juan. Podeis estar convencido  
de que Dios no le ha querido.

Escultor. Tal será. (*Aparte.*)

(¿Y quien será el que á don Juan  
abona con tanto brío?)

Caballero, á pesar mio,  
como aguardándome están...

D. Juan. Idos, pues, enhora buena.

Escultor. He de cerrar.

D. Juan. No cerreis  
y marchaos.

Escultor. ¿Mas no veis...?

D. Juan. Veo una noche serena  
y un lugar que me acomoda  
para gozar su frescura,  
y aquí he de estar á mi holgura,  
si pesa á Sevilla toda.

Escultor. (*Aparte.*)

(¿Si acaso padecerá de locura desvaríos?)

D. Juan. (*Dirigiéndose á las estátua*)

Ya estoy aquí, amigos mios.

Escultor. ¿No lo dije? Loco está.

D. Juan. Mas, cielos, ¡qué es lo que veo!

Ó es ilusion de mi vista,

Ó á doña Inés el artista a

aquí representa creo.

Escultor. Sin duda

D. Juan. ¿También murió?

Escultor. Dicen que de sentimiento

cuando de nuevo al convento

abandonada volvió

por don Juan.

D. Juan. ¿Y yace aquí?

Escultor. Sí.

D. Juan. ¿La visteis muerta vos?

Escultor. Sí.

D. Juan. ¿Cómo estaba?

Escultor. ¡Por Dios,

que dormida la creí!

La muerte fué tan piadosa

con su cándida hermosura,

que la envió con frescura

y las tintas de la rosa.

D. Juan. ¡Ah! Mal la muerte podría

deshacer con torpe mano

el semblante soberano

que un ángel envidiaria.

¡Cuán bella y cuán parecida

su efigie en el mármol es!

¡quien pudiera, doña Inés,

volver á darte la vida!

¿Es obra del cincel vuestro?

Escultor. Como todas las demas.

D. Juan. Pues bien merece algo mas

un retrato tan maestro. Tomad.

Escultor. ¿Qué me daís aquí?

D. Juan. ¿No lo veis?

Escultor. Mas... caballero...

Por qué razon...?

D. Juan. Por que quiero  
yo que os acordéis de mí.

Escultor. Mirad que están bien pagadas.

D. Juan. Así lo estarán mejor.

Escultor. Mas vamos de aquí, señor  
que aún las llaves entregadas  
no están, y al salir la aurora  
tengo que partir de aquí.

D. Juan. Entregádmelas á mí,  
y marchaos desde ahora.

Escultor. ¿A vos?

D. Juan. A mí; ¿qué dudais?

Escultor. Como no tengo el honor...

D. Juan. Ea, acabad, Escultor.

Escultor. Si el nombre al menos que usais supiera...

D. Juan. ¡Viven los cielos!

Dejad á don Juan Tenorio  
velar el lecho mortuorio  
en que duermen sus abuelos.

Escultor. ¡Don Juan Tenorio!

D. Juan. Yo soy,  
y si no me satisfaces,  
compañía juro que haces  
á tus estatuas desde hoy.

Escultor. (*Alargándole las llaves.*) Tomad.

(*Aparte.*)

(No quiero la piel  
dejar aquí entre sus manos.

Ahora que los sevillanos  
se las compongán con él.) (*Vase.*)

ESCENA III

DON JUAN.

D. Juan. Mi buen padre empleó en esto  
entera la hacienda mia  
hizo bien; yo al otro dia

la hubiera á una carta puesto.

*(Pausa.)*

No os podreis quejar de mí,  
vosotros á quien maté;  
si buena vida os quité,  
buena sepultura os dí.

¡Magnífica es en verdad  
la idea del tal panteon!

Y... siento que el corazon  
me halaga esta soledad.

¡Hermosa noche...! ¡Ay de mí!

¡Cuántas como ésta tan puras  
en infames aventuras  
desatinado perdí!

¡Cuántas al mismo fulgor  
de esa luna transparente,  
arranqué á algun inocente  
la existencia ó el honor!

Sí; despues de tantos años  
cuyos recuerdos espantan,  
siento que aquí se levantan

*(Señalando á la frente.)*

pensamientos en mí estraños.

¡Oh! acaso me los inspira  
desde el cielo, en donde mora  
esa sombra protectora  
que por mi mal no respira.

*(Se dirige á la estatua de Doña Inés, hablándola con respeto.)*

¡Mármol en quien Doña Inés  
en cuerpo sin alma ecsiste,  
deja que el alma de un triste  
llore un momento á tus piés  
De azares mil á través  
conservé tu imagen pura;  
y pues la mala ventura  
te asesinó de don Juan,  
contempla con cuánto afan

*vendrá hoy á tu sepultura.*

En tí nada mas pensó  
desde que se fué de tí; y  
desde que huyó de aquí,  
solo en volver meditó.

Don Juan tan solo esperó  
de doña Inés su ventura,  
y hoy que en pos de su hermosura  
vuelve el infeliz don Juan,  
mira cuál será su afan  
*al dar con tu sepultura.*

Inocente Doña Inés,  
cuya hermosa juventud  
encerró en el ataud  
quien llorando está á tus piés;  
si de esa piedra á través  
puedes mirar la amargura  
del alma que tu hermosura  
adoró con tanto afan,  
prepara un lado á don Juan  
*en tu misma sepultura.*

Dios te crió por mi bien,  
por tí pensé en la virtud,  
adoré su escelsitud,  
y anhelé su santo Eden.  
Sí, aún hoy mismo en tí tambien  
mi esperanza se asegura,  
y oigo una voz que murmura en  
derredor de don Juan  
palabras con que suafan  
*se calma en tu sepultura.*

¡Oh, doña Inés de mi vida!  
Si esa voz con quien  
deliro es el postrimer suspiro  
de tu eterna despedida;  
si es que de tí desprendida  
llega esa voz á la altura,

y hay un Dios tras de esa anchura  
por donde los astros van,  
dile que mire á don Juan  
*llorando en tu sepultura.*

*(Se apoya en el sepulcro, ocultando el rostro; y mientras se conserva en esta postura, un vapor que se levanta del sepulcro oculta la estátua de Doña Inés. Cuando el vapor se desvanece, la estátua ha desaparecido. don Juan sale de su enajenamiento.)*

Este mármol sepulcral  
adormece mi vigor,  
y sentir creo en redor un  
ser sobrenatural.

Mas... ¡cielos! ¡el pedestal  
no mantiene su escultura!  
¿Qué es esto? ¡aquella figura  
fué creacion de mi afan?

#### ESCENA IV

DON JUAN Y LA SOMBRA DE DOÑA INÉS. El llorón y las flores de la izquierda del sepulcro de doña Inés se cambian en una apariencia, dejando ver dentro de ella, y en medio de resplandores, la sombra de doña Inés.

Sombra. No; mi espíritu, Don Juan, te aguardó en mi sepultura.

D. Juan. *(De rodillas.)*

¡Doña Inés! ¡sombra querida, alma de mi corazón,  
no me quites la razón  
si me has de dejar la vida!  
Si eres imagen fingida,  
solo hija de mi locura,  
no aumentes mi desventura  
burlando mi loco afán.

Sombra. Yo soy Doña Inés,  
don Juan, que te oyó en su sepultura.

D. Juan. ¿Conque vives?

Sombra. Para ti;  
mas tengo mi purgatorio  
en ese mármol mortuorio

que labraron para mí.  
Yo á Dios mi alma ofrecí  
en precio de tu alma impura;  
y Dios, al ver la ternura con  
que te amaba mi afan, me  
dijo: «Espera á don Juan en  
tu misma sepultura.

Y pues quieres ser tan fiel  
á un amor de Satanás, con  
Don Juan te salvarás,  
ó te perderás con él.

Por él vela; mas si cruel  
te desprecia tu ternura,  
y en su torpeza y locura  
sigue con bárbaro afan,  
llévese tu alma don Juan  
*de tu misma sepultura*».

D. Juan. (*Fascinado.*)

¡Yo estoy soñando quizás  
con las sombras de un Eden!  
Sombra. No; y ve que si piensas bien,  
á tu lado me tendrás;  
mas si obras mal, causarás  
nuestra eterna desventura.

Y medita con cordura que  
es esta noche, don Juan,  
el espacio que nos dan  
*para buscar sepultura.*

Adios, pues; y en la árdua lucha  
en que va á entrar tu ecsistencia,  
de tu dormida conciencia  
la voz que va á alzarse escucha,  
porque es de importancia mucha  
meditar con sumo tiento  
la eleccion de aquel momento  
que, sin poder evadirnos  
al mal ó al bien ha de abrirnos

la losa del monumento.

*(Ciérrase la apariencia; desaparece doña Inés, y todo queda como al principio del acto, menos la estatua de doña Inés, que no vuelve á su lugar. Don Juan queda atónito.)*

ESCENA V

DON JUAN.

D. Juan. ¡Cielos! ¿Qué es lo que escuché?

¡Hasta los muertos así  
dejan sus tumbas por mí!

Mas, Sombra, delirio fué.

Yo en mi mente lo forjé;  
la imaginacion le dió  
la forma en que se mostró,  
y ciego, vine á creer  
en la realidad de un ser  
que mi mente fabricó.

Mas nunca de modo tal  
fanatizó mi razon

mi loca imaginacion con su poder ideal.

Sí, algo sobrenatural vi en aquella doña Inés

tan vaporosa á través  
aun de esa enramada espesa;

mas... ¡bah!, circunstancia es esa  
que propia de Sombra es.

¿Qué mas diáfano y sutil  
que las quimeras de un sueño?

¿Dónde hay nada mas risueño,  
mas flexible y mas gentil?

¿Y no pasa veces mil que,  
en fé bril ecsaltación,

ve nuestra imaginacion  
como ser y realidad

la vacía vanidad  
de una anhelada ilusión?

¡Sí, por Dios; delirio fué!

Mas su estatua estaba aquí.

Sí; yo la ví y la toqué,

y aun en albricias le dí  
al escultor, no sé qué.  
¡Y ahora solo el pedestal  
veo en la urna funeral!  
¡Cielos! ¿La mente me falta,  
ó de improviso me asalta  
algún vértigo infernal?  
¿Qué dijo aquella visión?  
¡Oh! Yo la oí claramente, y  
su voz triste y doliente  
resonó en mi corazón.  
¡Ah! ¡Y breves las horas son  
del plazo que nos augura!  
¡No, no; de mi calentura  
delirio insensato es!  
Mi fiebre fué á Doña Inés  
quien abrió la sepultura.  
¡Pasad y desvaneceos;  
pasad, siniestros vapores de  
mis perdidos amores  
y mis fallidos deseos!  
¡Pasad, vanos devaneos  
de un amor muerto al nacer;  
no me volvais á traer  
entre vuestro torbellino  
ese fantasma divino  
que recuerda á una muger!  
¡Ah!, estos sueños me aniquilan;  
mi cerebro se enloquece...  
¡y esos mármoles parece  
que estremecidos vacilan!

*(Las estátuas se mueven lentamente, y vuelven la cabeza hacia él.)*

¡Sí, sí; sus bustos oscilan,  
su vago contorno medra...!  
Pero don Juan no se arredra.  
¡Alzaos, fantasmas vanos, y

os volveré con mis manos á  
vuestros lechos de piedra!  
No; no me causan pavor  
vuestros semblantes esquivos;  
jamás, ni muertos ni vivos,  
humillaréis mi valor.

Yo soy vuestro matador,  
como al mundo es bien notorio;  
si en vuestro alcázar mortuorio  
me aprestáis venganza fiera,  
daos prisa, que aquí os espera  
otra vez don Juan Tenorio.

ESCENA VI

DON JUAN. EL CAPITAN CENTELLAS. AVELLANEDA.

Cente. ¿Don Juan Tenorio? (*Dentro.*)

D. Juan. (*Volviendo en sí.*)

¿Qué es eso?

¿Quién me repite mi nombre?

Ave. (*Saliendo.*)

¿Veis á alguien? (*a Centellas.*)

Cente. (*Saliendo.*)

Sí; allí hay un hombre.

D. Juan. ¿Quién va?

Ave. El es.

Cente. (*Yéndose á don Juan.*)

Yo pierdo el seso

con la alegría. ¡Don Juan!

Ave. ¡Señor Tenorio!

D. Juan. ¡Apartaos, vanas Sombras!

Cente. Reportaos,  
señor don Juan... Los que están  
en vuestra presencia ahora  
no son sombras, hombres son,  
y hombres cuyo corazón  
vuestra amistad atesora.

A la luz de las estrellas  
os hemos reconocido,

y un abrazo hemos venido  
á daros.

D. Juan. Gracias, Centellas.

Cente. Mas... ¿qué tenéis?

Por mi vida que  
os tiembla el brazo, y está  
vuestra faz descolorida.

D. Juan. La luna tal vez lo  
hará. (*Recobrando su aplomo.*)

Ave. Mas, don Juan,

¿qué haceis aquí?

¿Este sitio conocéis? Don

D. Juan. ¿No es un panteón?

Cente. ¿Y sabéis á quien pertenece?

D. Juan. A mí;

mirad á mi alrededor,  
y no vereis mas que amigos  
de mi niñez, ó testigos de  
mi audacia y mi valor.

Cente. Pero os oímos hablar:

¿con quien estabais?

D. Juan. Con ellos.

Cente. ¿Venís aún á escarnecellos?

D. Juan. No; los vengo á visitar.

Mas un vértigo insensato  
que la mente me asaltó,  
un momento me turbó;  
y á fé que me dió un mal rato.  
Esos fantasmas de piedra  
me amenazaban tan fieros,  
que á mí acercado no haberos  
pronto...

Cente. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

¿Os arredra, don Juan,

como á los villanos,

el temor de los difuntos?

D. Juan. No á fé; contra todos juntos

tengo aliento y tengo manos.

Si volvieran á salir  
de las tumbas en que están,  
á las manos de don Juan  
volverían á morir.

Y desde aquí en adelante  
sabed, señor capitan,  
que yo soy siempre don Juan,  
y no hay cosa que me espante.

Un vapor calenturiento  
un punto me fascinó,  
Centellas, mas ya pasó;  
cualquiera duda un momento.

Ave. y

Cente. Es verdad.

D. Juan. Vamos de aquí.

Cente. Vamos, y nos contareis  
cómo á Sevilla volveis  
por tercera vez.

D. Juan. Lo haré así.

Si mi historia os interesa  
á fé que oírse merece,  
aunque mejor me parece  
que la oigais de sobremesa.

¿No opinais...?

Ave. y Cente. Como gustéis.

D. Juan. Pues bien; cenareis  
conmigo, y en mi casa.

Cente. Pero digo:

¿es cosa de que dejeis  
algun huésped por nosotros?

¿No teneis gato encerrado?

D. Juan. ¡Bah! Si apenas he llegado  
no habrá allí mas que vosotros  
esta noche.

Cente. ¿Y no hay tapada  
á quien algun plantón demos?

D. Juan. Los tres solos cenaremos.

Digo, si de esta jornada  
no quiere igualmente ser  
alguno de estos.

*(Señalando á las estátuas de los sepulcros.)*

Cente. Don Juan,  
dejad tranquilos yacer  
á los que con Dios están.

D. Juan. ¡Hola! ¿Parece que vos  
sois ahora el que temeis  
y mala cara poneis  
á los muertos? ¡Mas, por Dios,  
que ya que de mí os burlasteis  
cuando me visteis así,  
en lo que penda de mí  
os mostraré cuánto errásteis!  
Por mí, pues, no ha de quedar;  
y, á poder ser, estad ciertos  
que cenareis con los muertos,  
y os los voy á convidar.

Ave. Dejaos de esas quimeras.

D. Juan. ¿Duda en mi valor ponerme,  
cuando hombre soy para  
hacerme platos de sus calaveras?

Yo á nada tengo pavor;

*(Dirigiéndose á la estatua de don Gonzalo, que es la que tiene  
mas cerca.)*

tú eres el mas ofendido:  
mas, si quieres, te convido  
á cenar, comendador.

Que no lo puedas hacer  
creo, y es lo que me pesa;  
mas, por mi parte, en la mesa  
te haré un cubierto poner.

Y á fé que favor me harás,  
pues podré saber de tí  
si hay mas mundo que el de aquí

y otra vida, en que jamas,  
á decir verdad, creí.  
Cente. Don Juan, eso no es valor:  
locura, delirio es.  
D. Juan. Como lo juzgueis mejor:  
yo cumplo así. Vamos, pues.  
Lo dicho, comendador.

**FIN DEL ACTO PRIMERO**

## **ACTO SEGUNDO**

### **LA ESTÁTUA DE DON GONZALO**

#### PERSONAS

Don Juan, El capitán Centellas, Don Rafael de Avellaneda, La Sombra de Doña Inés, La estatua de Don Gonzalo. Ciutti

Aposento de don Juan Tenorio. Dos puertas en el fondo á derecha e izquierda preparadas para el juego escénico del acto. Otra puerta en el bastidor que cierra la decoracion por la izquierda. Ventana en el de la derecha. Al alzarse el telón están sentados á la mesa don Juan, Centellas y Avellaneda. La mesa ricamente servida, el mantel cogido con guirnaldas de flores, etc. En frente del espectador, don Juan, y á su izquierda Avellaneda; en el lado izquierdo de la mesa, Centellas, y en el de enfrente de éste, una silla y un cubierto desocupado.

#### ESCENA PRIMERA

DON JUAN. EL CAPITAN CENTELLAS. AVELLANEDA. CIUTTI.  
UN PAGE.

D. Juan. Tal es mi historia, señores;  
pagado de mi valor,  
quiso el mismo emperador  
dispensarme sus favores.  
Y aunque oyó mi historia entera  
dijo: «Hombre de tanto brío  
merece el amparo mio;

vuelva á España cuando quiera»;  
y héme aquí en Sevilla ya.

Cente. ¡Y con qué lujo y riqueza!

D. Juan. Siempre vive con grandeza  
quien hecho á grandeza está.

Cente. A vuestra vuelta.

D. Juan. Bebamos.

Cente. Lo que no acierto á creer  
es cómo llegando ayer  
ya establecido os hallamos.

D. Juan. Fué el adquirirme,  
señores, tal casa con tal boato,  
porque se vendió á barato  
para pago de acreedores.

Y como al llegar aquí  
desheredado me hallé,  
tal como está la compré.

Cente. ¿Amueblada y todo?

D. Juan. Sí;

Un necio que se arruinó  
por una muger, vendióla.

Cente. ¿Y vendió la hacienda sola?

D. Juan. Y el alma al diablo.

Cente. ¿Murió?

D. Juan. De repente; y la justicia,  
que iba á hacer de cualquier modo  
pronto despacho de todo,  
viendo que yo su codicia  
saciaba, pues los dineros  
ofrecía dar al punto,  
cedióme el caudal por junto  
y estafó á los usureros.

Cente. Y la muger, ¿qué fué de ella?

D. Juan. Un escribano la pista  
la siguió, pero fué lista  
y escapó.

Cente. ¿Moza?

D. Juan. Y muy bella.

Cente. Entrar hubiera debido  
en los muebles de la casa.

D. Juan. don Juan Tenorio no  
pasa moneda que se ha perdido.

Casa y bodega he comprado;  
dos cosas que, no os asombre,  
pueden bien hacer á un hombre  
vivir siempre acompañado;  
como lo puede mostrar  
vuestra agradable presencia,  
que espero que con frecuencia  
me hagáis ambos disfrutar.

Cente. Y nos hareis honra inmensa.

D. Juan. Y á mí vos. ¡Ciutti!

Ciutti. Señor.

D. Juan. Pon vino al comendador.

*(Señalando al vaso del puesto vacío.)*

Cente. don Juan, ¿aún en eso piensa  
vuestra locura?

D. Juan. ¡Sí, á fé !

Que si él no puede venir,  
de mí no podreis decir  
que en ausencia no le honré.

Cente. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Señor Tenorio,  
creo que vuestra cabeza  
va menguando en fortaleza.

D. Juan. Fuera en mí contradictorio  
y ageno de mi hidalguia  
á un amigo convidar,  
y no guardarle el lugar mientras  
que llegar podría.

Tal ha sido mi costumbre  
siempre, y siempre ha de ser ésa;  
y al mirar sin él la mesa,  
me da en verdad pesadumbre.

Porque si el comendador

es difunto tan tenaz  
como vivo, es muy capaz  
de seguirnos el humor.

Cente. Brindemos á su memoria,  
y mas en él no pensemos.

D. Juan. Sea.

Cente. Brindemos.

Ave. Brindemos

D. Juan. Brindemos.

Cente. A que Dios le dé su gloria.

D. Juan. Mas yo, que no creo que haya  
mas gloria que esta mortal,  
no hago mucho en brindis tal;  
mas por complaceros, ¡vaya!

Y brindo á que Dios te dé  
la gloria, comendador.

*(Mientras beben se oye lejos un aldabonazo, que se supone dado  
en la puerta de la calle.)*

Mas, ¿llamaron?

Ciutti. Sí, señor.

D. Juan. Ve quién.

Ciutti. *(Asomando por la ventana.)*

A nadie se ve.

¿Quién va allá? Nadie responde.

Cente. Algun chusco.

Ave. Algun menguado que  
al pasar habrá llamado  
sin mirar siquiera donde.

*(don Juan á Ciutti.)*

Pues cierra y sirve licor.

*(Llaman otra vez mas recio.)*

Mas ¿llamaron otra vez?

Ciutti. Sí.

D. Juan. Vuelve á mirar.

Ciutti. ¡Pardiez!

á nadie veo, señor.

D. Juan. Pues, por Dios, que del bromazo

quien es no se ha de alabar.

Ciutti, si vuelve á llamar  
suéltale un pistoletazo.

*(Llaman otra vez, y se oye un poco mas cerca.)*

¿Otra vez?

Ciutti. ¡Cielos!

Ave. y Cente. ¿Qué pasa?

Ciutti. Que esa aldabada postrera  
ha sonado en la escalera,  
no en la puerta de la casa.

Ave. y

Cente. ¿Qué dices?

*(Levantándose asombrados.)*

Ciutti. Lo cierto digo,  
nada mas: dentro han llamado de la casa.

D. Juan. ¿Qué os ha dado?

¿Pensais que sea ya el muerto?

Mis armas cargué con bala:

Ciutti, sal á ver quien es.

*(Vuelven á llamar mas cerca.)*

Ave. ¿Oisteis?

Ciutti. Por San Ginés,  
que eso ha sido en la antesala.

D. Juan. ¡Ah! Ya lo entiendo, me habeis  
vosotros mismos dispuesto  
esta comedia, supuesto  
que lo del muerto sabeis.

Ave. Yo os juro, don Juan...

Cente. Y yo.

D. Juan. ¡Bah! Diera en ello el mas topo:  
y apuesto á que ese galopo  
los medios para ello os dió.

Ave. Señor don Juan, escondido  
algun misterio hay aquí.

*(Vuelven á llamar mas cerca.)*

Cente. ¡Llamaron otra vez!

Ciutti. Sí,

y ya en el salón ha sido.

D. Juan. ¡Ya! Mis llaves en manojo  
habréis dado á la fantasma,  
y que entre así no me pasma;  
mas no saldrá á vuestro antojo,  
ni me han de impedir cenar  
vuestras farsas desdichadas.

*(Se levanta y corre los cerrojos de la puerta del fondo, volviendo á su lugar.)*

Ya están las puertas cerradas;  
ahora el coco, para entrar,  
tendrá que echarlas al suelo,  
y en el punto que lo intente,  
que con los muertos se cuente  
y apele despues al cielo.

Cente. Qué diablos, tenéis razon

D. Juan. ¿Pues no temblábais?

Cente. Confieso

que en tanto que no di en eso,  
tuve un poco de aprension.

D. Juan. ¿Declarais, pues, vuestro enredo?

Ave. Por mi parte nada sé.

Cente. Ni yo.

D. Juan. Pues yo volveré  
contra el inventor el miedo.

Mas, sigamos con la cena:  
vuelva cada uno á su puesto,  
que luego sabremos de esto.

Ave. Teneis razon.

D. Juan. *(Sirviendo á Centellas.)*

Cariñena;

sé que os gusta, capitan.

Cente. Como que somos paisanos.

D. Juan. *(A Avellaneda, sirviéndole de otra botella.)*

Jerez á los sevillanos,  
don Rafael.

Ave. Habeis, don Juan,

dado á entrambos por el gusto;  
¿mas con cuál brindareis vos?

D. Juan. Yo haré justicia á los dos.

Cente. Vos siempre estais en lo justo.

D. Juan. Sí, á fé ; bebamos.

Ave. y Cente. Bebamos.

*(Llaman á la misma puerta de la escena, fondo derecha.)*

D. Juan. Pesada me es ya la  
broma; mas veremos quien asoma  
mientras en la mesa estamos.

*(A Ciutti, que se manifiesta asombrado.)*

¿Y qué haces tú ahí, bergante?

¡Listo! Trae otro manjar;

*(Vase Ciutti.)*

mas me ocurre en este instante  
que nos podemos mofar  
de los de afuera, invitándoles á  
probar su sutileza,  
entrándose hasta esta pieza  
y sus puertas no franqueándoles.

Ave. Bien dicho.

Cente. Idea brillante.

*(Llaman fuerte, fondo derecha.)*

D. Juan. ¡Señores! ¿A qué llamar?

Los muertos se han de filtrar  
por la pared; ¡Adelante!

*(La estatua de Don Gonzalo pasa por la puerta, sin abrirla y sin  
hacer ruido.)*

ESCENA II

DON JUAN. CENTELLAS. AVELLANEDA. LA ESTATUA DE DON  
GONZALO.

Cente. ¡Jesús!

Ave. ¡Dios mio!

D. Juan. ¡Qué es esto!

Ave. Yo desfallezco. *(Cae desvanecido.)*

Cente. Yo espiro.

*(Cae lo mismo.)*

D. Juan. ¡Es realidad, ó deliro!

Es su figura... su gesto.

Estátua. ¿Por qué te causa pavor quien convidado á tu mesa viene por tí?

D. Juan. ¡Dios! ¿No es ésa la voz del comendador?

Estátua. Siempre supuse que aquí no me habias de esperar.

D. Juan. Mientes, porque hice arrimar esa silla para tí.

Llega, pues, para que veas que, aunque dudé en un extremo de sorpresa, no te temo aunque el mismo Ulloa seas.

Estátua. ¿Aun lo dudas?

D. Juan. No lo sé.

Estátua. Pon si quieres, hombre impío, tu mano en el mármol frío de mi estatua.

D. Juan. ¿Para qué?

Me basta oírlo de tí; cenemos, pues; mas te advierto...

Estátua. ¿Qué?

D. Juan. Que si no eres el muerto, lo vas á salir de aquí.

¡Ea! Alzad.

(A CENTELLAS y á AVELLANEDA.)

Estátua. No pienses, nó, que se levanten, don Juan, porque en sí no volverán hasta que me ausente yo. Que la divina clemencia del Señor para contigo, no requiere mas testigo que tu juicio y tu conciencia. Al sacrílego convite que me has hecho en el panteon,

para alumbrar tu razon  
Dios asistir me permite.  
Y héme que vengo en su nombre  
á enseñarte la verdad;  
y es: que hay una eternidad  
tras de la vida del hombre.  
Que numerados están  
los días que has de vivir,  
y que tienes que morir  
mañana mismo, don Juan.  
Mas, como esto que á tus ojos  
está pasando, supones  
ser del alma aberraciones  
y de la aprension antojos,  
Dios en su santa clemencia  
te concede todavia  
un plazo hasta el nuevo dia  
para ordenar tu conciencia.  
Y su justicia infinita por  
que conozcas mejor,  
espero de tu valor  
que me pagues la visita.  
¿Irás, don Juan?  
D. Juan. Iré, sí;  
mas me quiero convencer de  
lo vago de tu ser  
antes que salgas de aquí.  
*(Coge una pistola.)*  
Estátua. Tu necio orgullo delira,  
don Juan; los hierros mas gruesos  
y los muros mas espesos  
se abren á mi paso; mira.  
*(Desaparece la estatua sumiéndose por la pared.)*  
ESCENA III  
DON JUAN. AVELLANEDA. CENTELLAS.  
D. Juan. ¡Cielos! ¡Su esencia se trueca  
el muro hasta penetrar

cual mancha de agua que seca  
el ardor canicular!

¿No me dijo: «El mármol toca  
de mi estatua»? ¿Cómo,  
pues, se desvanece una roca?  
¡Imposible! Ilusion es.

Acaso su antiguo dueño  
mis cubas envenenó,  
y el licor tan vano ensueño  
en mi mente levantó.

Mas si estas que sombras creo  
espíritus reales son  
que por celestial empleo llaman á mi corazon,  
Entonces, para que iguale  
su penitencia don Juan  
con sus delitos, ¿qué vale el  
plazo ruin que le dan...?

¡Dios me da tan solo un día...!  
Si fuese Dios en verdad,  
á mas distancia pondría  
su aviso á mi eternidad.

«Piensa bien que al lado tuyo  
me tendrás...», dijo de Inés  
la sombra; y si bien arguyo,  
pues no la veo, sueño es.

*(Transparéntase en la pared la sombra de doña Inés.)*

ESCENA IV

DON JUAN. LA SOMBRA DE DOÑA INÉS, CENTELLAS Y  
AVELLANEDA dormidos.

Sombra. Aquí estoy.

D. Juan. ¡Cielos!

Sombra. Medita

lo que al buen comendador  
has oído, y ten valor  
para acudir á su cita.

Un punto se necesita  
para morir con ventura:

elígele con cordura,  
porque mañana, don Juan,  
nuestros cuerpos dormirán  
en la misma sepultura.

*(Desaparece la sombra.)*

ESCENA V

DON JUAN. CENTELLAS Y AVELLANEDA.

D. Juan. Tente, doña Inés, espera;  
y si me amas en verdad,  
hazme al fin la realidad  
distinguir de la quimera.

Alguna mas duradera  
señal dame, que segura  
me pruebe que no es locura  
lo que imagina mi afan,  
para que baje don Juan  
tranquilo á la sepultura.

Mas ya me irrita, por Dios,  
el verme siempre burlado,  
corriendo desatentado  
de varias sombras en pos.

¡Oh! Tal vez todo esto ha sido  
por estos dos preparado,  
y mientras se ha ejecutado  
su privacion han fingido.

Mas, por Dios, que, si es así,  
se han de acordar de don Juan.

¡Eh! don Rafael, capitán  
Ya basta: alzaos de ahí.

*(Don Juan mueve á Centellas y á Avellaneda, que se levantan  
quien vuelve de un profundo sueño.)*

Cente. ¿Quién va? don Juan Levantad.

Ave. ¿Qué pasa?

Hola, ¿sois vos?

Cente. ¿Dónde estamos?

D. Juan. Caballeros, claro vamos.

Yo os he traído á mi casa, y temo

que á ella al venir  
con artificio apostado habeis  
sin duda pensado  
á costa mía reir;  
mas basta ya de ficción,  
y concludid de una vez.

Cente. Yo no os entiendo.

Ave. ¡Pardiez!

Tampoco yo.

D. Juan. En conclusión:

¿Nada habeis visto ni oido?

Ave. y

Cente. ¿De qué?

D. Juan. No finjáis mas.

Cente. Yo no he fingido jamas,  
señor don Juan.

D. Juan. ¡Habrá sido  
realidad! ¿Contra Tenorio  
las piedras se han animado,  
y su vida han acertado con  
plazo tan perentorio?

Hablad, pues, por compasion.

Cente. ¡Voto va Dios! ¡ya comprendo  
lo que pretendéis!

D. Juan. Pretendo  
que me deis una razon  
de lo que ha pasado aquí,  
señores, ó juro á Dios  
que os haré ver á los dos  
que no hay quien me burle á mí.

Cente. Pues ya que os formalizais,  
don Juan, sabed que sospecho  
que vos la burla habeis hecho  
de nosotros.

D. Juan. ¡Me insultais!

Cente. No, por Dios;  
mas si cerrado seguís

en que aquí han venido fantasmas, lo sucedido  
oid cómo me he explicado.

Yo he perdido aquí del todo  
los sentidos, sin exceso  
de ninguna especie, y eso lo  
entiendo yo de este modo.

D. Juan. A ver, decídmelo, pues.

Cente. Vos habeis compuesto el vino,  
semejante desatino  
para encajarnos despues.

D. Juan. ¡Centellas!

Cente. Vuestro valor al extremo por mostrar  
convidásteis á cenar  
con vos al comendador.

Y para poder decir  
que á vuestro convite exótico  
asistió, con un narcótico  
nos habeis hecho dormir.

Si es broma, puede pasar;  
mas á ese extremo llevada,  
ni puede probarnos nada,  
ni os la hemos de tolerar.

Ave. Soy de la misma opinion.

D. Juan. ¡Mentís!

Cente. Vos.

D. Juan. Vos, capitan.

Cente. Esa palabra, don Juan...

La he dicho de corazon.

Mentís; no son á mis brios  
menester falsos portentos,  
porque tienen mis alientos  
su mejor prueba en ser míos.

Ave. y Cente. Veamos.

*(Ponen mano á las espadas.)*

D. Juan. Poned á tasa  
vuestra furia, y vamos fuera,  
no piense despues cualquiera

que os asesiné en mi casa.  
Ave. Decís bien... mas somos dos.  
Cente. Reñiremos, si os fiáis,  
el uno del otro en pos.  
D. Juan. O los dos, como queráis.  
Cente. ¡Villano fuera, por Dios!  
Elegid uno, don Juan,  
por primero.  
D. Juan. Sedlo vos.  
Cente. Vamos.  
D. Juan. Vamos, capitán.

## **FIN DEL ACTO SEGUNDO**

# ACTO TERCERO

## MISERICORDIA DE DIOS, Y APOTEOSIS DEL AMOR

### PERSONAS

Don Juan, La estatua de Don Gonzalo, Doña Inés.

SOMBRAS, ESTATUAS, ESPECTROS, ANGELES.

Panteón de la familia Tenorio. Como estaba en el acto primero de la segunda parte, menos las estatuas de doña Inés y don Gonzalo, que no están en su lugar.

### ESCENA I

DON JUAN, embozado y distraído, entra en la escena lentamente.

Culpa mía no fue; delirio insano  
me enajenó la mente acalorada.

Necesitaba víctimas mi mano  
que inmolar á mi fé desesperada,  
y al verlos en mitad de mi camino,  
presa les hice allí de mi locura.

¡No fuí yo, vive Dios! fué su destino!

Sabían mi destreza y mi ventura.

¡Oh! Arrebatado el corazón me siento  
por vértigo infernal... Mi alma perdida  
va cruzando el desierto de la vida  
cual hoja seca que arrebatada el viento.

Dudo... temo... vacilo... en mi cabeza  
siento arder un volcán... muevo la planta

sin voluntad, y humilla mi grandeza un  
no sé qué de grande que me espanta.

*(Un momento de pausa.)*

¡Jamás mi orgullo concibió que hubiere  
Nada más que el valor... !Que se aniquila  
el alma con el cuerpo cuando muere  
creí... mas hoy mi corazón vacila.

¡Jamás creí en fantasmas...! ¡Desvaríos!  
Mas del fantasma aquel, pese á mi aliento  
los pies de piedra caminando siento  
por doquiera que voy tras de los míos.

¡Oh! Y me trae á este sitio irresistible  
misterioso poder...

*(Levanta la cabeza y ve que no está en su pedestal la estatua de  
don Gonzalo.)*

Pero, ¡qué veo!

¡falta de allí su estatua...! Sueño horrible,  
dájame de una vez...no, no te creo!

Sal, huye de mi mente fascinada,  
fatídica ilusión... estás en vano

con pueriles asombros empeñada  
en agotar mi aliento sobrehumano.

Si todo es ilusión, mentido sueño,  
nadie me ha de aterrar con trampantojos;  
si es realidad, querer es necio empeño  
aplacar de los cielos los enojos.

No; sueño ó realidad, del todo anhelo  
vencerle ó que me venza; y si piadoso  
busca tal vez mi corazón el cielo,  
que le busque más franco y generoso.

La efigie de esa tumba me ha invitado  
á venir á buscar prueba más cierta  
de la verdad en que dudé obstinado...

Héme aquí, pues; comendador, despierta.

*(Llama al sepulcro del comendador. Este sepulcro se cambia en  
una mesa, que parodia horriblemente la mesa en que comieron, en  
el acto anterior, don Juan, Centellas y Avellaneda. En vez de las*

*guirnaldas que cogían en pabellones sus manteles, de sus flores y lujoso servicio, culebras, huesos y fuego, etc á gusto del pintor.) Encima de esta mesa aparece un plato de ceniza, una copa de fuego y un reloj de arena. Al cambiarse este sepulcro, todos los demas se abren y dejan paso á las osamentas de las personas que se suponen enterradas en ellos, envueltas en sus sudarios sombras, espectros y espíritus pueblan el fondo de la escena. La tumba de Doña Inés permanece.)*

## ESCENA II

DON JUAN, LA ESTATUA DE DON GONZALO Y LAS sombra S.

Estátua. Aquí me tienes, don Juan,  
y he aquí que vienen conmigo  
los que tu eterno castigo  
de Dios reclamando están.

D. Juan. ¡Jesús!

Estátua. ¿Y de qué te alteras,  
si nada hay que á tí te asombre, y  
para hacerte eres hombre  
platos con sus calaveras?

D. Juan. ¡Ay de mí!

Estátua. ¿Qué? ¿El  
corazon te desmaya?

D. Juan. No lo sé;  
concibo que me engañé;  
no son sueños... ¡ellos son!  
*(Mirando á los espectros.)*

Pavor jamas conocido  
el alma fiera me asalta,  
y aunque el valor no me falta,  
me va faltando el sentido.

Estátua. Eso es, don Juan, que se va  
concluyendo tu existencia,  
y el plazo de tu sentencia  
fatal ha llegado ya.

D. Juan. ¡Qué dices!

Estátua. Lo que hace poco  
que Doña Inés te avisó,

lo que te he avisado yo,  
y lo que olvidaste loco.

Mas el festín que me has dado  
debo volverte, y así,  
llega, don Juan, que yo  
aquí cubierto te he preparado.

D. Juan. ¿Y qué es lo que ahí me das?

Estátua. Aquí fuego, allí ceniza.

D. Juan. El cabello se me eriza.

Estátua. Te doy lo que tú serás.

D. Juan. ¡Fuego y ceniza he de ser!

Estátua. Cual los que ves en redor;  
en eso para el valor,  
la juventud y el poder.

D. Juan. ¡Ceniza bien; pero fuego...!

Estátua. El de la ira omnipotente,  
do arderás eternamente  
por tu desenfreno ciego.

D. Juan. ¿Conque hay otra vida mas y  
otro mundo que el de aquí?

¿Conque es verdad, ¡ay de mí!, lo que no creí jamas?

¡Fatal verdad que me hiela  
la sangre en el corazon!

¡Verdad que mi perdicion  
solamente me revela!

¿Y ese reloj?

Estátua. Es la medida de tu tiempo.

D. Juan. ¿Expira ya?

Estátua. Sí; en cada grano se va  
un instante de tu vida.

D. Juan. ¿Y esos me quedan no mas?

Estátua. Sí.

D. Juan. ¡Injusto Dios!

Tu poder me haces ahora conocer,  
cuando tiempo no medas  
de arrepentirme.

Estátua. DON JUAN,

un punto de contrición  
da á un alma la salvación,  
y ese punto aún te le dan.

D. Juan. ¡Imposible!

¡En un momento borrar  
treinta años malditos  
de crímenes y delitos!

Estátua. Aprovéchale con  
tiento, (*Tocan á muerto.*)

porque el plazo va á expirar,  
y las campanas doblando  
por tí están, y están cavando  
la fosa en que te han de echar.

(*Se oye á lo lejos el oficio de difuntos.*)

D. Juan. ¿Conque por mí doblan?

Estátua. Sí.

D. Juan. ¿Y esos cantos funerales?

Estátua. Los salmos penitenciales  
que están cantando por ti.

(*Se ve pasar por la izquierda luz de hachones, y rezan dentro.*)

D. Juan. ¿Y aquel entierro que pasa?

Estátua. Es el tuyo.

D. Juan. ¡Muerto yo!

Estátua. El capitan te mató á la puerta de tu casa.

D. Juan. Tarde la luz de la fé  
penetra en mi corazon,  
pues crímenes mi razon  
á su luz tan solo ve.

Los ve... y con horrible afan,  
porque al ver su multitud,  
ve á Dios en su plenitud  
de su ira contra don Juan.

¡Ah! Por doquiera que fui,  
la razon atropellé,  
la virtud escarnecí  
y á la justicia burlé.

Y emponzoñé cuanto vi,

y á las cabañas bajé,  
y á los palacios subí,  
y los claustros escalé;  
y pues tal mi vida fue,  
no, no hay perdon para mí.  
¡Mas ahí estais todavía (*a los fantasmas.*)  
Con quietud tan pertinaz!  
Dejadme morir en paz  
á solas con mi agonía.  
Mas con esa horrenda calma,  
¿qué me auguráis, sombras fieras?  
¿Qué esperais de mí?  
Estátua. Que mueras  
para llevarse tu alma.  
Y adiós, don Juan;  
ya tu vida toca á su fin,  
y pues vano todo fue,  
dame la mano en señal de despedida.  
D. Juan. ¿Muéstrasme ahora amistad?  
Estátua. Sí; que injusto fui contigo,  
y Dios me manda tu amigo  
volver á la eternidad.  
D. Juan. Toma, pues.  
Estátua. Ahora, don Juan,  
pues desperdicias tambien  
el momento que te dan,  
conmigo al infierno ven.  
D. Juan. ¡Aparta, piedra fingida!  
Suelta, suéltame esa mano,  
que aún queda el último grano  
en el reloj de mi vida.  
Suéltala, que si es verdad  
que un punto de contricion  
da á un alma la salvacion de  
toda una eternidad,  
yo, santo Dios, creo en ti;  
si es mi maldad inaudita, tu

piedad es infinita...

¡Señor, ten piedad de mí!

Estátua. Ya es tarde.

*(don Juan se hinca de rodillas, tendiendo al cielo la mano que le deja libre la estatua. Las sombras, esqueletos, etc., van á abalanzarse sobre él, en cuyo momento se abre la tumba de Doña Inés y aparece ésta. Doña Inés toma la mano que don Juan tiende al cielo)*

ESCENA III

DON JUAN, LA ESTATUA DE DON GONZALO, DOÑA INÉS,  
sombra S, ETC.

Doña Inés. No; héme ya aquí,  
don Juan; mi mano asegura  
esta mano que á la altura  
tendió tu contrito afan,  
y Dios perdona á don Juan al  
pie de mi sepultura.

D. Juan. ¡Dios clemente! ¡Doña Inés!

Doña Inés. Fantasmas, desvaneceos:

Su fé nos salva... vuelveos  
á vuestros sepulcros, pues la  
voluntad de Dios es;  
de mi alma con la amargura  
purifiqué su alma impura,  
y Dios concedió á mi afan  
la salvacion de don Juan al  
pie de la sepultura.

D. Juan. ¡Inés de mi corazon!

Doña Inés. Yo mi alma he dado por ti,  
y Dios te otorga por mí  
tu dudosa salvación.

Misterio es que en comprension no cabe de criatura,  
y solo en vida mas pura los justos comprenderán  
que el amor salvó á don Juan al pié de la sepultura.

Cesad, cantos funerales;

*(Cesa la música y salmodia.)*

callad, mortuorias campanas;

*(Dejan de tocar á muerto.)*

ocupad, sombras livianas,  
vuestras urnas sepulcrales;

*(Vuelven los esqueletos á sus tumbas, que se cierran.)*

volved á los pedestales  
animadas esculturas;

*(Vuelven las estatuas á sus lugares.)*

y las celestes venturas  
en que los justos están,  
empiecen para don Juan  
en las mismas sepulturas.

*(Las flores se abren y dan paso á varios angelitos, que rodean á Doña Inés y á don Juan, derramando sobre ellos flores y perfumes, y al son de una música dulce y lejana, se ilumina el teatro con luz de aurora. Doña Inés cae sobre un lecho de flores, que quedará á la vista, en lugar de su tumba, que desaparece.)*

ESCENA ÚLTIMA

DOÑA INÉS, DON JUAN Y LOS ÁNGELES.

D. Juan. Clemente Dios, ¡gloria á tí!

Mañana á los sevillanos  
aterrará el creer que á manos  
de mis víctimas caí.

Mas es justo; quede aquí  
al universo notorio,  
que pues me abre el purgatorio  
un punto de penitencia,  
es el Dios de la clemencia  
el Dios de DON JUAN TENORIO.

*(Cae don Juan á los piés de DOÑA INÉS, y mueren ambos. De sus bocas salen sus almas, representadas en dos brillantes llamas que se pierden en el espacio al son de la música. Cae el telón.)*

**FIN DEL DRAMA**

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE  
[WWW.ELEJANDRIA.COM!](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA  
WEB**